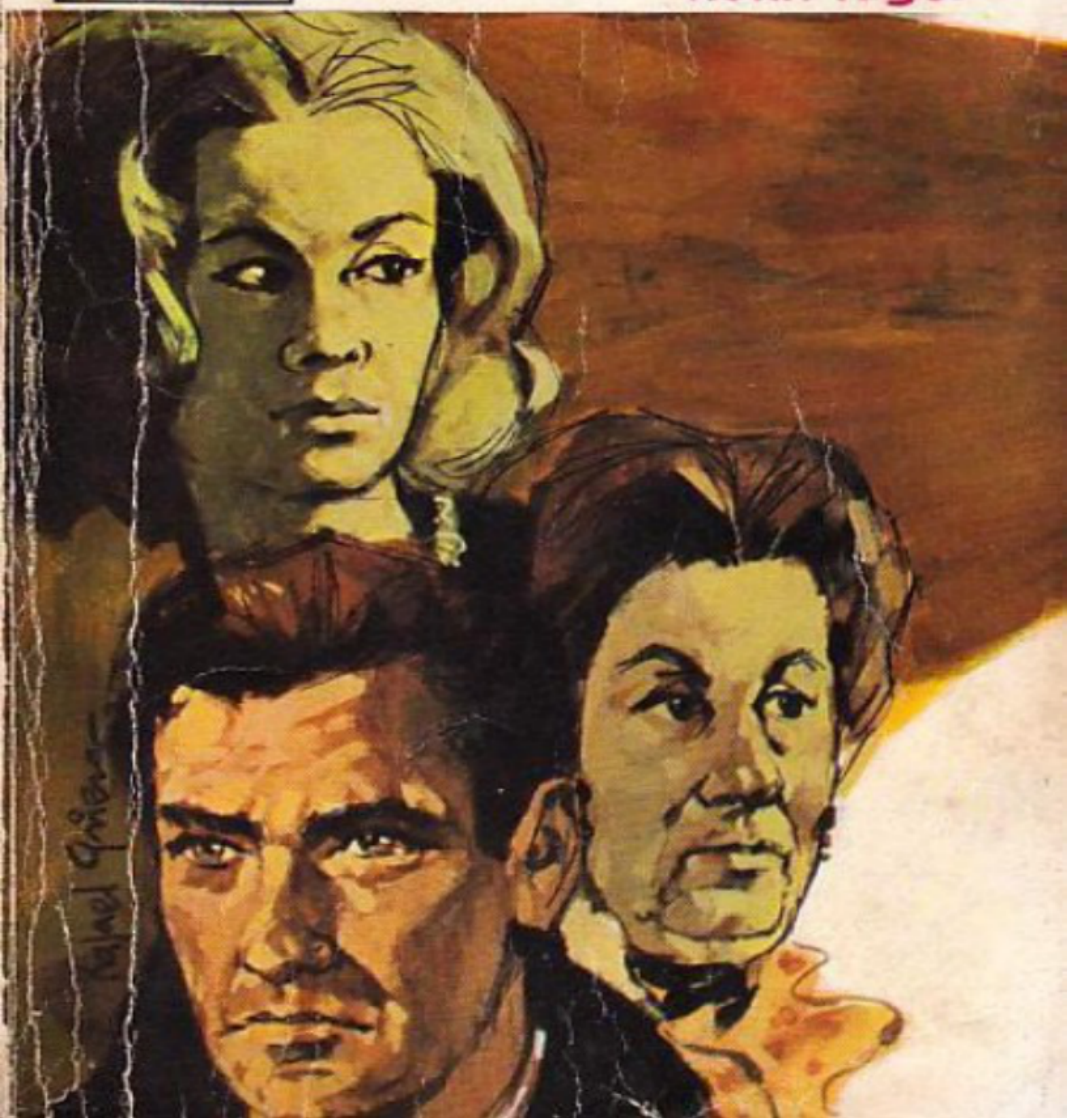




el asesino de la Riviera

keith luger



EL ASESINO DE LA RIVIERA

KEITH LUGER



Colección

PUNTO ROJO n.º 358

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

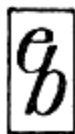
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES

CARACAS — MEXICO — RIO DE JANEIRO

COLECCION

PUNTO ROJO



Depósito Legal B 1.941 —1969
Impreso en España —Printed in Spain
1ª edición: marzo, 1969

© KEITH LUGER —1969 *sobre la parte literaria.*
© RAFAEL GRIERA —1969 *sobre la cubierta.*

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2
Barcelona —1969

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.102 —¡Rifle, bandolero!

En Colección SERVICIO SECRETO:

967 —Crimen en casa del senador.

En Colección BUFALO:

802 —La paga de los condenados.

En Colección SALVAJE TEXAS:

663 —Tormenta en Río Seco.

En Colección KANSAS:

555 —Unas medias enrejadas y un «Colt»

En Colección BRAVO OESTE:

405 —Una rubia con zarpas.

En Colección PUNTO ROJO:

355 —La muerte se viste de novia.

En Colección CALIFORNIA:

647 —Desafío con rifle de cañón corto.

En Colección ASES DEL OESTE:

496 —Muerte para un juez.

En Colección COLORADO:

582 —Desafío en valle Caliente.

CAPÍTULO PRIMERO

—TE adoro, Valerie.

—Y yo también te adoro a ti, Armand.

Unieron sus labios.

Se habían casado el día anterior.

Era su primer despertar como marido y mujer.

Ocupaban una *suite* en el hotel Nacional, de Niza.

Armand trabaja en París, en una casa de seguros. Seis meses antes, había tenido que ir a Suiza y allí conoció a Valerie que era la institutriz de los hijos de un banquero.

Fue el flechazo porque se sintieron atraídos al primer golpe de vista. Les bastó una semana para llegar a la conclusión de que no podían vivir el uno sin el otro

Armand tuvo que regresar a París y entonces se inició entre ellos una copiosa correspondencia.

Armand fue un par de veces más a Ginebra y finalmente, decidieron casarse.

Armand había sido el primero en despertarse y, después de tomar una ducha, se vistió. Luego, despertó a Valerie con besos.

—He planeado que vayamos a una playa solitaria —dijo él.

—Maravilloso.

—Tengo que ocuparme del coche. Deben fallar las bujías. Las limpiaré mientras tú te preparas.

—De acuerdo.

Armand se levantó del borde de la cama donde había estado sentado.

—Eh, marido, ¿no te olvidas de algo?

Armand sonrió, e inclinóse sobre ella.

Valerie le echó los brazos al cuello.

Se volvieron a besar.

—No tardes, Armand.

—Vendré enseguida porque no puedo vivir sin mi mujercita.

Valerie oyó como él salía de la suite.

Se desperezó. Era feliz, inmensamente feliz.

Saltó de la cama y entró en el cuarto de baño.

Dejó resbalar el camisón por su piel y se metió en la ducha.

Ella y Armand pasarían un día inolvidable.

El agua caliente caía sobre su piel, cuando oyó que la puerta se abría.

—¿Olvidaste algo, Armand?

Nadie le contestó, o quizá el ruido del agua le había impedido escuchar la respuesta. Cerró la llave del agua.

—¿Armand?.. Estoy aquí.

Qué tontería. Claro que él habría oído el ruido del agua al caer, y por tanto, sabría que se encontraba en el cuarto de baño, cuya puerta había dejado abierta.

Miró a través de la cortina de plástico, pero no veía nada.

—¡Armand! —dijo con voz un poco asustada.

¿Y si era algún empleado del hotel? Los había muy atrevidos. No se lo diría a Armand, pero protestaría ante la dirección. Aquel empleado tenía que haber llamado.

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

Tampoco obtuvo respuesta.

Vio una forma humana a través del plástico. ¡Y había entrado en el cuarto de baño!

Claro, era Armand. Quería sorprenderla.

—¿Cuál es el juego, querido? —preguntó riendo.

La figura humana se había detenido. Estaba muy cerca del plástico, aunque no podía identificar sus rasgos.

—Eres un tonto, Armand. ¿Sabes que me has asustado?

La forma humana se acercó al plástico.

Y entonces ella reconoció algo. El cabello. Era rubio y Armand era moreno, de cabello negro.

—¡Eh, usted! —gritó—. ¡Salga inmediatamente de aquí!

Sin embargo, aquel hombre no salió.

Una mano cubierta con un guante negro abrió la cortina de plástico.

Valerie se quedó sobrecogida viendo el rostro de aquel hombre.

Estaba cubierto con una máscara que la hacía recordar una estatua griega, un rostro bello hasta la perfección femenina.

—¿Quién es usted? —chilló Valerie.

Aquel hombre terminó de apartar la cortina y se echó sobre Valerie, alargando las dos manos enguantadas hacia el cuello de la joven.

Valerie quiso retroceder.

Su grito fue ahogado por los dedos fuertes del rubio al aferrarse en su garganta.

—¡No!.. ¡No! —exclamó Valerie con un hilillo de voz.

Aquel hombre apretó y apretó.

Valerie se sintió desfallecer. Siguió viendo aquel rostro inclinado

sobre ella, hasta que una nube se interpuso ante sus ojos.

Todo acabó.

El hombre se retiró silenciosamente, dejando a Valerie desmadejada en el fondo del baño, como una muñeca rota.

Al cabo de media hora, Armand entró en la suite.

—¿Dónde estás querida?

Pensó que Valerie estaba en el cuarto de baño. Se sentó en un sillón y encendió un cigarrillo.

—El coche está listo, Valerie. Era lo que imaginaba. Las bujías estaban sucias. Ahora marchará bien.

Al no escuchar ninguna palabra de ella, dijo:

—Eh, Valerie, ¿te quedaste dormida ahí dentro?

Esperó unos segundos y, como tampoco obtuvo respuesta, se levantó y fue al cuarto de baño.

Apartó las cortinas y abrió la boca aterrorizado al ver a Valerie, allá en el fondo, el rostro pálido, la lengua saliendo por entre los dientes, los ojos abiertos.

* * *

El comisario Jacques Trinquet observó al atribulado marido que estaba como tirado en el sofá, sollozando, la cara escondida entre las manos.

El director del hotel, Charles Vauthier, estaba muy pálido y, de vez en cuando, se sacaba un pañuelo del bolsillo de la chaqueta para enjugarse el sudor de la frente.

El comisario se acercó a Vauthier, el cual, antes de que el policía preguntase, dijo: —Señor comisario, le aseguro que este hotel...

—Sí, es la mar de decente —le interrumpió Trinquet.

—Desde luego, señor comisario. Nunca hemos tenido nada parecido. Ningún huésped fue estrangulado. Se lo juro. —Miró a Armand Berenger—. Oh, perdón, quise decir... —Se quedó buscando la palabra.

El comisario sacudió la cabeza.

—Quiero que vaya a su oficina. El inspector Julien Arnaud lo acompañará... Usted le facilitará una lista del personal que trabaja en el hotel.

—Pero usted no pensará...

—Pienso muchas cosas, señor Vauthier... Estoy haciendo mi trabajo.

—Oh, sí, lo comprendo.

El comisario hizo una señal a Julien Arnaud, que no había dejado de dar vueltas por la suite, observándolo todo minuciosamente.

Vauthier y Arnaud se marcharon.

El inspector Maxime Dupont salió precediendo a los de la camilla.

Armand miró el cuerpo de su mujer bajo el paño blanco y lanzó un chillido animal.

El comisario hizo un gesto a Dupont, y éste se puso junto al esposo de la víctima. Le apoyó una mano en el hombro por si se levantaba para arrojarse sobre la camilla.

Al comisario no le gustaban las escenas y las evitaba en lo posible, pero las escenas era algo inevitable en su profesión.

Notó como Maxime apretaba la mano sobre el hombro de Armand, cuando éste trató de levantarse del sofá. Maxime era muy fuerte. Como él mismo decía, de no haber sido policía, habría sido luchador de greco-romana. Pero tuvo que dejarlo porque eso no daba dinero, todo lo más un viaje gratis a la Olimpiada.

El doctor Picart también salió del cuarto de baño. Se había retrasado hablando con los técnicos del laboratorio, que estaban tratando de conseguir huellas dactilares.

El doctor observó al esposo.

—¿Y bien? —gruñó Trinquer.

—¿Quiere que le diga lo que es un estrangulamiento, comisario?

—No, no hace falta, doctor.

—Eso fue todo. De todas formas, tendrá mi informe médico dentro de media hora. —Muy amable.

—Era hermosa.

—La vi. ¿Tiene algún comprimido para el señor Berenger?

—No quieren tomar nada, usted lo sabe.

—Déle un tranquilizante. Me pagan para interrogar y necesito interrogarlo.

—Está bien, comisario.

Había una jarra con agua en una mesita. El doctor Picart llenó un vaso y alargó el comprimido a Armand.

—Tome esto, señor Berenger.

—¿Para qué?

—Sólo es para calmarse.

Berenger tomó el comprimido con mano temblorosa. Se lo echó a la boca y lo tragó con agua.

—Yo me voy —dijo el doctor—, e hizo una señal con la mano como si dijese: «Ahí lo tiene, es todo suyo».

El comisario se aproximó al sofá y sentóse al lado de Armand.

—¿Se encuentra mejor, señor Berenger?

—Pregunte lo que quiera, comisario.

—Tenemos la información sustancial con respecto al caso. Usted se marchó para echar un vistazo al coche. Las bujías estaban sucias.

—Sí, señor.

—Y estuvo ausente de esta suite durante unos treinta minutos.

—¿Quién la ha podido asesinar?.. ¿Quién?.. No teníamos amigos en Niza. Valerie era una buena chica.

El comisario dirigió una mirada a Maxime. Quería su colaboración.

Maxime conocía bien su oficio, y se dio por aludido.

—¿Tiene bienes de fortuna, señor Berenger?

—No... Gano un buen sueldo. Eso es todo. Alquilé un piso hace cuatro meses en París. —Dio la dirección.

—¿Y ella?

—¿Cómo?

—Me refiero a su esposa. ¿Tenía bienes?

—Claro que no, ¿qué piensa usted?

El comisario intervino.

—Señor Berenger, estamos haciendo una investigación de rutina, pero necesaria. Considérelo desde ese, punto de vista, ¿quiere?

Armand se mojó los labios con la lengua y tartamudeó.

—Sí, sí, desde luego... Disculpe, señor comisario, pero ha sido un golpe terrible para mí.

—Me hago cargo... ¿Alguna póliza de seguro?

—¿Qué? —hizo una larga pausa—. No lo repita, lo he entendido. ¿Cómo puede pensar semejante monstruosidad?

El comisario y el inspector no dijeron nada. Sabían por experiencia que, en la situación de Berenger, lo diría todo ahora, contestando así a la pregunta.

—Ya le voy entendiendo —prosiguió Armand—. Yo me casé con mi mujer y le hice un seguro de vida. No fui a arreglar el coche. Todo fue un cuento mío. Yo estrangulé a Valerie. ¿Para qué? ¡Para cobrar la póliza! Me decepcionan ustedes como policías.

¡Sépalo de una vez, señor comisario! Yo no hice ninguna póliza de seguro, ¿lo entiende?.. ¡Y tampoco tenía bienes de fortuna! ¿Lo oye? Y la muerte de mi mujer no me beneficia absolutamente en nada. No, señores, ustedes tendrán que buscar a la persona que asesinó a mi mujer, porque yo no soy esa persona.

Armand estalló en sollozos y otra vez se cubrió la cara con las manos, mientras apoyaba la cabeza en el brazo del sofá.

El comisario y Maxime se miraron y el primero pareció decir: «¿Lo ves, muchacho? Perra profesión. Más te habría valido continuar con lo de la greco-romana».

Capítulo II

MARCEL Marchand, el director del diario *Le Matin*, estaba furioso.

—¿Dónde está Roger?.. ¿Es que en esta redacción no hay nadie que sepa dónde diablos se encuentra ese caradura?

El hombre que estaba frente a él, Frangois Morise, se rascó una patilla.

—Roger me dijo que estaba de vacaciones.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Ayer.

—¿Y qué más te dijo?

—Que se iba con una rubia.

—¿Una rubia?

—Una sueca.

—¿Por qué dejan entrar a las suecas en el país?.. ¿Por qué?

—Por el turismo. Ayuda mucho al Ministerio de Hacienda. Ya sabes, por las divisas.

Marcel Marchand arrugó la nariz.

—¿Terminaste el chiste, Frangois?

—Sí, señor —contestó Frangois respetuosamente.

—Han estrangulado a una mujer en el hotel Nacional.

—¿Una sueca?

—No, Frangois, no era sueca. Se trata de una compatriota... ¡Y tuve que mandar a ese idiota de Raoul!

—No lo hace mal del todo.

—No lo haría mal del todo si hubiese aprendido a escribir. ¿Sabes lo que hizo Raoul?

—No lo sé.

—¡Nada! ¡No hizo nada! Me acaba de llamar hace un momento. —El director atipló la voz para imitar a Raoul—. «No, señor director, no me han dejado entrar en la suite... No, señor director, no he podido hablar con el esposo de la víctima... No, señor director, hasta ahora no se sabe nada».

Marcel Marchand hinchó los pulmones de aire y rugió.

—¿Has conocido a alguien más inútil?

De buena gana, Frangois le hubiese contestado que él conocía a

alguien más inútil. Su tía Jeanne. Se pasaba todo el día en la cama o en el sofá viendo televisión, y hasta pedía que le alargasen el periódico.

—Raoul no habrá tenido oportunidades.

—¡Tampoco las tiene Roger Barnard!, ¿y qué es lo que hace? ¡Se las busca él mismo...! ¡Yo también me las buscaba! ¡Hay que ingeniárselas para meter la nariz en todas partes!

François hizo un gesto de tristeza. ¿Cómo podía hablar de esa forma Marcel Marchand? Era director porque se había casado con la hija del presidente del Consejo de Administración. Simplemente por eso. ¿Oportunidades? Claro que las había tenido el señor Marchand. Nadie quería casarse con aquella mujer porque era fea, pero Marchand había cerrado los ojos, o al menos uno de ellos, y allí gritaba a todo el mundo.

—¡Necesito a Roger, François! ¡Encuétralo!

—¿Pero dónde voy?

—¡No lo sé!

—No querrá que vaya a Suecia...

—¿Qué clase de idiota eres? Roger no se ha ido a

Suecia con su sueca. Debe estar aquí en la Riviera. Las turistas suecas vienen a la Riviera a dorarse, a ponerse como cangrejos... Mi orden es ésta, François: ¡Encuentra rápidamente a Roger o aquí va a pasar algo gordo!

Lo gordo sería el despido. François estaba eventualmente en *Le Matin*. Dos meses más y pasaría a ocupar un puesto fijo en la plantilla, pero, entre tanto, tendría que soportar los ladridos de Marchand.

—Haré lo posible, señor director.

—¡No me basta! ¡Quiero que hagas lo imposible!

—Sí, señor.

François salió del despacho rezongando por lo bajo.

* * *

—Tu cabello es como el oro —dijo Roger.

La sueca, que se llamaba Bibi, le sonrió.

—Tu piel es suave —dijo Roger.

Ella volvió a sonreír.

—¿Cuánto mides, Bibi? —preguntó Roger acariciándole la espalda.

—Un metro ochenta y dos.

—Me refería al perímetro torácico.

—Noventa y tres centímetros.

—Son los noventa y tres centímetros mejor servidos que nos ha exportado Suecia. —Roger.

—Dime, amor.

—Me estás haciendo cosquillas, y eso me da risa.

Bibi estaba en bikini y él con *shorts*.

Estaban tendidos sobre una roca, al lado del mar, que era inmensamente azul.

Roger disfrutaba de su primer día de vacaciones. Había conocido a Bibi dos días antes, en un club nocturno. Ella no había llegado sola, sino con otros suecos, y era la primera vez que Roger había conseguido salir a solas con Bibi.

—Roger, ¿qué harás esta noche?

El periodista sintió nacer en su pecho el optimismo.

—Cariño, estoy a tu disposición.

—Cuánto me alegro. También estaré libre. ¿Qué haremos?

—Ya te lo diré, Bibi. Cenaremos juntos.

—Aprobado.

—Bailaremos.

—Qué delicia, me gusta bailar. ¿Y luego?

—Tú y yo.

—Sigue.

—¿Qué pueden hacer un hombre y una mujer en una ciudad tan maravillosa como Niza? —Acercó su cara a la de ella—. Somos jóvenes.

—Lo somos.

—Y fuertes.

—Muy fuertes.

Roger estaba ya rozando sus labios con los de Bibi.

—Me gustas, Bibi.

—Tú a mí también, Roger.

—Es la vida...

Iba a besarla cuando oyó que alguien lo llamaba.

—¡Roger!

Volvió la cabeza y descubrió a su compañero, François, el redactor eventual de *Le Matin*.

—¿Qué haces aquí, François?

—Vine por ti.

—¿Por mí? ¡No estoy!

—Me costó trabajo encontrarte. Demonios, ya podías haber elegido un sitio menos escondido.

—¿Quién te dijo dónde estaba?

—El empleado de tu garaje. Creo que se llama Sandor.

—A Sandor le voy a arrancar una oreja.

—Ya le arrancaron una. Peleó por una mujer. Su rival le pegó un buen mordisco.

—Yo me refería a la otra oreja.

François ya no miraba a Roger, sino a la sueca, y tal visión le produjo el mismo efecto que si le hubiesen metido en un baño de escayola.

—¿Qué quieres François?

—¿Cómo?, ¿qué?

—Te he preguntado por qué me estás buscando.

—El director quiere verte.

—Estupendo, le mandaré una fotografía.

—Me temo que no se va a conformar, Roger.

—¿Y por qué no?

—Se cometió un asesinato.

—Ya supuse que en mis vacaciones la gente continuaría matando.

Vivimos en un mundo de violencia.

François estaba mirando otra vez la irreprochable figura de la sueca.

—Sí, el mundo, el demonio y la carne.

—¿Cómo has dicho, François?

—Que tienes razón, que el mundo está cada vez mejor, quise decir peor.

—Dile al director que se vaya al infierno.

—Si le digo eso, el que se va al infierno soy yo.

—¿Por qué tú?

—Me dio la orden de que te llevase vivo o muerto y, si fallo, me pone de patitas en la calle... Verás, Roger, te va a gustar mucho. Se trata de algo muy emocionante.

Estrangularon a una recién casada... ¿Te lo imaginas?.. Se la cargaron después de su noche de bodas.

—El marido se cansó muy pronto.

—Él dice que es inocente, y parece que tiene una buena coartada. No estaba en la *suite* matrimonial cuando se cargaron a su mujer.

Roger se pasó un dedo por debajo de la nariz. Empezaba a interesarse, pero desvió los ojos hacia Bibi y soltó una maldición para sus adentros. Nadie podía interponerse entre él y Bibi. Aquella noche cenaría con ella, bailarían con ella y bueno, admiraría el claro de luna con ella.

—Lo siento, François, pero no voy. Hay otros redactores.

—Ya puso a uno el señor Marchand. A Raoul. No descubrió nada. Ya sabes cómo es Raoul. Siempre está esperando que le den la noticia... Lo suyo es el consultorio sentimental, y por eso el señor Marchand está que se sube por las paredes.

—Hay otros además de Raoul.

—Los demás tiene asignada una misión.

—¿Por qué no le pediste que te encargase del asunto?

—Se habría echado a reír. Soy un novato.

—¿Cuántos años tienes Frangois?

—Veinticuatro, casi veinticinco.

—Era tu ocasión para probar lo que vales.

—No puedo hacer nada sin una orden del jefe.

—Ya te diré lo que harás. Te presentarás al señor Marchand y le dirás que no me has encontrado, y que tienes el coraje suficiente para hacer una información.

—No, Roger, no puedo decir eso.

—¿Por qué no?

—Porque me falta coraje.

—Tendrás que reunirlo porque no voy a ir. Ya lo ves, estoy muy ocupado. —Palmeó la espalda desnuda de Bibi.

—Caramba —dijo Frangois pasándose un dedo por el cuello de la camisa—. A mí también me gustaría tener una ocupación como esa.

—¡Frangois!

—Perdona estaba pensando en voz alta.

—Hay cosas que no se pueden ni pensar.

La sueca sonrió a Frangois, y éste dijo:

—Roger, se me ha ocurrido una idea.

—Conozco tu idea. Tú te ocupas de la sueca y yo me ocupo del asesinato.

—Hombre, era por ayudar.

—No me gusta esa clase de ayuda.

—Si no aparezco contigo en la redacción, me despediré del periódico.

Roger hizo rechinar los dientes.

—¿Sabes cómo se llama esto, Frangois?

—Chantaje.

—¿Tienes la desfachatez de pronunciar la palabra?

—La ibas a decir tú.

—Acertaste. De eso se trata. De un chantaje, pero no iré.

Frangois dio un suspiro.

—De acuerdo. No te recrimino. Al fin y al cabo, estás disfrutando tus vacaciones... Había pensado que me permitirías ayudarte en ese caso de estrangulamiento. ¿Recuerdas? Dijiste que, cuando ocurriese un buen asesinato, me llevarías a tu lado. Yo me había hecho ilusiones. Quiero conocer tu técnica. Todo lo que sé es teoría. Me falta la práctica, ¿y quién mejor que tú para que me la enseñe? Pero no te preocupes. Buscaré trabajo en otro diario. Hay muchos... Hasta la vista, y buena suerte.

Frangois dio media vuelta y empezó a alejarse.

Roger sintió que Bibi le apretaba una mano.

—No puedo permitir que lo despidan, Bibi.

—Pero querido, esta noche tú y yo...

—Tendré un rato libre y entonces podremos cenar, bailar y soñar un poco...

Roger la besó, y echó a correr detrás de François.

Capítulo III

EL director del hotel Nacional, Charles Vauthier, gritó:

—¡No quiero hablar con ningún periodista, Paul!

Paul Bachelet era el jefe de recepcionistas, un hombre guapo, elegante.

—No dejan de molestar, señor Vauthier.

—Se le paga a usted para enfrentarse con los problemas.

—Mi contrato no incluye solucionar un crimen.

—Nadie le pide que solucione el crimen, Paul. Lo único que tiene que hacer es quitarnos de encima a los moscones.

—Ya he hecho todo lo posible para evitar a los periodistas, pero algunos insisten.

—No sabemos nada.

—Eso es lo que les digo.

—Fue un caso de mala suerte. Sólo eso. ¿Por qué diablos se alojarían aquí esos recién casados?

—Procuraré desprenderme también de... —se interrumpió para leer el nombre de la tarjeta que tenía en la mano—, Roger Bernard, de *Le Matin*.

—Sí, Paul, haga lo posible... Tengo un tremendo dolor de cabeza.

Paul Bachelet salió de la oficina.

Roger Bernard fumaba un cigarrillo junto a la recepción.

—Lo siento, señor Bernard. El director se encuentra indispuesto y no puede recibirle. —Qué pena.

—¿Cómo decía?

—Digo que es una pena que no se capture pronto al asesino. Podría repetir.

—¿Se refiere a que puede cometer otro asesinato en nuestro hotel?

—¿Por qué no? El asesino puede seguir aquí. No hay nada que demuestre lo contrario.

Paul enarcó las cejas y miró a Roger como si fuese un extraño bicho.

—No hablará en serio.

—Absolutamente en serio.

—Es absurdo.

—¿Por qué absurdo?

—Yo... Verá... ¿Por qué tengo que darle explicaciones, señor Bernard?

—No me las dé. Yo las buscaré.

—¿Usted?

—Es mi obligación.

—Pero usted no es policía... El comisario Trinquer y sus inspectores ya hicieron todo lo que tenían que hacer.

—Hasta los policías pueden dejar cabos sueltos. En resumen, señor Bachelet, quisiera interrogar a algunas de las personas que trabajan en este hotel.

—Eso no se lo permitiré.

—Le prometo discreción.

—¿Usted, un periodista, prometiendo discreción? Permítame que me ría.

—Puede reírse si lo encuentra gracioso, pero, si yo me voy de aquí sin llevar a cabo mi trabajo, me temo que tendrán muy pocas ganas de reír cuando lean lo que diré en *Le Matin*.

—¿Y qué dirá en *Le Matin*?

—Es una sorpresa, señor Bachelet.

Roger fue a retirarse, pero Bachelet lo cogió del brazo.

—Espere, señor Bernard, creo que estamos todos un poco nerviosos...

—Sí, eso me parece.

—Le voy a permitir que interroge a nuestros empleados. Eso le demostrará que no tenemos nada que esconder... Ese crimen ocurrió en el Nacional como podía haber ocurrido en cualquier otro hotel... Pero, si quiere cerciorarse por sí mismo, tiene libertad para moverse de un lado a otro. Pero, por favor, no dé ningún escándalo. —Gracias, señor Bachelet.

Poco después, Roger se enfrentaba con un camarero, Jean Larouse.

—Jean —dijo Roger—, me han informado que presta usted servicios en la planta a la que corresponde la *suite* donde se cometió el crimen.

—Sí, señor.

—Y usted atendió al matrimonio Berenger.

—Desde luego.

—¿Qué impresión le produjo ella?

—La señora era muy bonita —Jean se quedó unos instantes pensativo, como si tratase de recordar a la joven asesinada, e insistió—: Sí, era muy bonita y parecía tener buen carácter. Claro que, no se puede opinar cuando se trata de recién casados. Casi todos ellos parecen tener buen carácter. Ya sabe, cosas de la luna de miel.

—¿Qué me dice de él?

—Parecía un flan... Quería librarse de mí cuanto antes. Me refiero a

los momentos en que estuve allí. Pero es lógico. Si usted o yo hubiésemos estado en su lugar, también nos habríamos dado prisa en librarnos de cualquiera para estar a solas con la chica.

—¿Es usted casado, Jean?

—No —Larouse hizo un gesto de suficiencia—. No soy de los que se dejan cazar tan fácilmente.

—¿Tiene algo contra ellas?

—Oh, no, señor Bernard, no me confunda. Ellas son maravillosas, pero no están los tiempos para aumentar la responsabilidad. Considero el matrimonio como una trampa. Es muy hermoso al principio, pero luego llegan los hijos y empiezan los desastres.

—Todo es compensatorio, Jean. También los niños dan alegrías.

—Sí, eso se dice.

—¿Tiene formada alguna opinión acerca del crimen?

—Claro.

—¿Y cuál es?

—Un crimen por celos. La mató un hombre que ella rechazó.

—Así que, según usted, él vino aquí siguiéndolos.

—Desde luego. Y el asesino ya debe de estar en París. Es de donde procedían los Berenger.

Roger Bernard había sabido por boca de su compañero, Raoul, que Berenger continuaba en el hotel. Le había sido facilitada otra habitación. Quería interrogar a Berenger, pero lo dejaría para el final.

—¿Hay otro camarero en esa planta, Jean?

—Oh, sí, Raymond Lefevre. Pero fui yo quien atendió al matrimonio Berenger.

—¿Qué me dice de Paul Bachelet?

Jean Larouse arrugó la nariz.

—Un tipo estirado... Siempre está importunando... Desde que entró en el hotel, ha despedido a media docena de compañeros.

—¿Tiene facultades para despedir?

—No, pero da el soplo a la dirección y el señor Vauthier hace lo que Bachelet le pide... Bachelet no me gusta nada. Además hay otra cosa. No le gustan las mujeres.

—Sin embargo, está en contacto con ellas en la recepción.

—Me refería a un punto de vista personal... Su trabajo es otra cosa. Se hace mieles con ellas... Ha de atender bien a los huéspedes porque debe defender el negocio.

Más tarde, Roger interrogó a una camarera. Se llamaba Elene Roquevert, la mujer a quien correspondía la limpieza de la *suite* matrimonial que ocuparon los Berenger.

—No llegué a verlos, señor Bernard. Probablemente, tampoco los

habría visto aunque ella no hubiese muerto. Tenga en cuenta que yo entro en las habitaciones cuando los huéspedes se han marchado.

—Más que nada, quería preguntarle acerca de sus compañeros, por ejemplo, Jean Larouse.

—Es un chico estupendo. No tengo ninguna queja de él. En cambio, el otro...

—¿El otro? ¿Se refiere a Raymond Lefevre?

—Sí, a Lefevre.

—¿Qué pasa con él?

—Es un hombre muy extraño.

—¿A qué llama usted un hombre extraño?

—Pues a eso, a que hace rarezas... Verá, lo sorprendí cantando como una mujer, quiero decir con voz atiplada y justamente se trataba de una canción de Aznavour... Imagínese, Aznavour es mi favorito, y tiene una voz varonil, y Lefevre cantaba aquello de una forma horrible... Se había quedado aquella noche de servicio. Por eso lo pude oír claramente.

Roger sonrió.

—¿Está segura de que era Lefevre quién cantaba?

—¿Cómo?

—Podía estar una chica con él.

—Era él.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque llamé a la puerta. Lefevre me abrió, y no había ninguna mujer con Lefevre. Le digo que era él quien cantaba.

Roger tuvo que esperar media hora para hablar con Lefevre.

Resultó ser un hombre de talla mediana, ojos azules muy vivos.

—¿Un periodista? —sonrió al presentarse Bernard—. Ya tenía ganas de ver uno.

—¿Por qué, Lefevre?

—A ninguno de sus colegas se le ocurrió interrogarme.

—Usted no estaba de servicio cuando se cometió el crimen.

—Pero me quiere interrogar usted.

—Me gusta apretar todas las teclas.

Lefevre se echó a reír.

—¿Soy para usted una tecla?

—Lo es. Como todos los que trabajan en este hotel. Y no olvido a los huéspedes.

—Tiene trabajo para largo.

—Me gusta hacerlo. Hábleme del crimen, Lefevre.

Lefevre se frotó el mentón.

—Fue el esposo... Tuvo que serlo.

—¿Por qué?

—Porque él la odiaba.

—Eran recién casados. ¿Cree usted que alguien se puede casar con una mujer para matarla a continuación de la noche de bodas?

—El marido la tenía más a mano.

—Eso no se lo negaré. Pero entonces el marido sería un loco, un perturbado mental.

—Quizá lo sea.

—No hay ningún dato que lo pruebe. He leído la información que la policía logró de Armand Berenger. Es un hombre normal. Ni más ni menos que cualquier otro. Nunca sufrió tratamiento siquiátrico. Nunca sufrió una crisis.

—¿Se fía usted de los informes?

—Prefiero hacer las comprobaciones por mí mismo, pero tengo en cuenta los informes, especialmente los que realiza la policía.

—Haré algo por usted, señor Bernard. Hay un huésped que no me gusta nada, el de la habitación 407. Está en la misma planta de la *suite* matrimonial donde tuvo lugar el crimen. El huésped se llama Pierre Lamorise. Desde luego sigo pensando que fue el esposo, pero, si se probase su inocencia, yo apostaría por Lamorise.

—¿Por qué?

—Hace tres días entró en su habitación y me encontré el suelo lleno de fotografías rotas. ¿A qué no sabe qué fotografías eran?

—Las de su suegra.

—No, señor Bernard. Las de Brigitte Bardot, Elke Sommer, Ann Maigret... Y otras actrices estupendas, las que triunfan por su físico.

—¿A qué se dedica el señor Lamorise, además de a romper fotografías de actrices con buena facha?

—Gana mucho dinero vendiendo aparatos electrodomésticos a los hoteles. A nosotros nos vendió unas cuantas cosas. Siempre está por la Riviera.

Pierre Lamorise abrió la puerta del 407 y Roger vio frente a él a un hombre de unos cincuenta años, con muy poco cabello en el cráneo, ojos negros que defendía con lentes de alta graduación.

—Soy Roger Bernard, de *Le Matin*.

—He enviado anuncios a algunos periódicos, pero no recuerdo haber enviado a *Le Matin*.

—No vengo a hablar de su publicidad, señor Lamorise.

—¿Y cuál es el motivo de su visita?

—El asesinato.

—¿Se refiere a...? —Lamorise señaló con la mano hacia la izquierda, donde se ubicaba la *suite* en que se había cometido el asesinato—. No comprendo qué tengo yo que ver con el crimen.

—¿Estaba usted en el hotel cuando se cometió?

—Sí, estaba en mi habitación, preparando el muestrario... Oiga, señor Bernard, ya me interrogó un inspector de la policía. Son ellos los que tenían derecho a hacerlo, pero supongo que usted no habrá sido autorizado por el comisario para ocupar su lugar.

—No, señor Lamorise.

—Entonces, me perdonará. Pero tengo mucho que hacer.

Lamorise fue a cerrar la puerta.

—¿Por qué odia a las mujeres, señor Lamorise? —preguntó Roger.

Una vena se hinchó en la sien izquierda de Lamorise.

—¿Quién le ha dicho que yo odio a las mujeres? Oh, sí, usted es periodista y se supone que tiene unas fuentes de información que son una porquería.

—Yo no diría eso puesto que en este caso la fuente resultó buena.

—Pues se equivoca. No odio a las mujeres. Son estupendas.

—¿Casado?

—Eso no le importa a usted.

—¿Por qué es tan agresivo, señor Lamorise?

—Lo va a saber, señor Bernard. Tengo una dura profesión. Depende del público. Me puede hacer mucho daño la mala consideración que tengan de mí. No voy a decir que su profesión resulte fácil. También es dura.

Pero ustedes echan abajo la fama de un hombre. Les basta escribir dos líneas para destruir el trabajo de una vida. ¿Qué espera de mí, señor Bernard? No conocía a ese matrimonio. No sé quién era ella, ni sé quién es él. Me enteré de su existencia cuando me interrogó el inspector de la Policía Judicial. Lo crea o no, fue así, y no puedo permitir que usted ensucie mi nombre para que pueda hacer su crónica.

—No he dicho que vaya a manchar su nombre.

—Se ha lanzado sobre mí como un buitres. A usted sólo le interesa lograr su información, y no le importa que sea buena o mala.

—Me está juzgando mal, señor Lamorise.

Lamorise cerró pegando un portazo.

Roger se fue al bar del hotel. Sabía por experiencia que era el mejor lugar para enterarse de muchas cosas.

Le atendió un camarero con cara de lechuza y que respondía al nombre de André.

Roger le dijo quién era.

—¿Qué opina del crimen, André?

—Tengo mi propia versión.

—Dígala.

—No me gustaría verla publicada. Tengo mujer y cuatro hijos.

—Prometo no publicarla.

—No sé si fiarme de usted, señor Bernard.

Roger le pagó el whisky y agregó unos billetes de propina.

—No me gusta el nuevo jefe de camareros. Me refiero a Alain Moreau. Está aquí desde hace tres meses.

—¿Y por qué no le gusta, André?

—Es un amargado y por lo visto le gusta amargar la vida a los demás. No encuentra nada bien. Todos somos unos torpes.

—¿Qué tiene que ver eso con el crimen?

—La víctima era una recién casada y Alain Moreau está contra el matrimonio.

—¿Por qué?

—No lo ha querido decir, pero seguro que, si usted ahonda en su vida, encuentra la razón. Seguro que estaba casado y que su mujer se largó con otro...

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Todavía no ha llegado, pero estará aquí en media hora.

Roger decidió hablar con Armand Berenger y se dirigió a la habitación 424, que era donde se hospedaba ahora Berenger.

De repente oyó un aullido de terror.

Había sido emitido por una mujer y procedía del cuarto del fondo, el 413.

Capítulo IV

ROGER echó a correr. Otra vez oyó el grito. Abrió el cuarto 413 y entró como un ciclón. En el centro de la estancia había una joven bellísima que se cubría con una toalla.

Al ver a Roger le señaló una puerta adyacente.

—¡Ahí! —exclamó.

Roger no vio a nadie.

—¿Qué pasa, señorita?

—¡No se quede ahí parado!.. ¡El hombre!

—¿Qué hombre?

—¡El que me estaba espiando!

Roger fue hacia la puerta adyacente. Trató de abrirla, pero no lo consiguió.

—Está cerrada con llave.

—¡Pues ábrala!

—No tengo la llave... No soy un empleado del hotel.

—¿Qué es usted?

—Todo un caballero. La oí gritar y vine en su auxilio. Pero hábleme de ese hombre. —Tenía malas intenciones.

—¿Cómo lo sabe?

—Por su cara. Bueno, no era la suya. Se cubría con una máscara.

—¿Una máscara?

—Eso he dicho, y no repita mis palabras. La máscara tenía un extraño aspecto...

—¿Qué extraño aspecto? Y no estoy repitiendo sus palabras. Sólo pregunto.

—Parecía una estatua griega. Era muy guapo.

—Caramba, consigue buenos partidos.

—¿Se lo va a tomar a broma? ¿O piensa que estoy loca y que nada de eso existió? No vi a ese hombre y todo pasó en mi mente.

—Tranquilícese, todavía no he dicho nada de eso.

—¿Por qué vino usted tan pronto?

—Me encontraba en el corredor, la oí gritar y acudí corriendo.

—Todavía no sé su nombre.

—Roger Bernard.

—Quiero que confiese, señor Bernard.

- ¿Qué es lo que tengo que confesar?
- Que usted fue el hombre que yo vi.
- ¿El de la mascarita?
- ¡Sólo pudo ser usted!.. Y eso explica su rapidez. Estaba ahí, en esa puerta, observándome y cuando me oyó gritar se marchó y dio la vuelta por el corredor,
- Tengo una coartada, señorita... A propósito, ¿cuál es su nombre?
- Germaine Lecleree. ¿A qué coartada se refiere?
- Acababa de salir del ascensor cuando usted se puso a gritar —dijo una pausa—. No me cree, ¿verdad?
- No.
- Entonces hable con el ascensorista.
- Ella le señaló la toalla.
- No estoy en situación de salir a ninguna parte.
- Señorita Lecleree, ¿desde cuándo se aloja en el hotel?
- ¿Qué le importa a usted?
- Mucho. Le dije mi nombre, pero no mi profesión. Soy periodista de *Le Matin*. Estoy aquí para reunir información acerca del asesinato... La supongo enterada.
- Sí, me lo dijeron... ¡Cielos, el hombre que vi debe Ser el asesino!
- Quizá sí, quizá no.
- ¿Por qué no?
- Parece que es usted una chica muy impresionable.
- ¿Que soy impresionable? No sabe lo que dice. ¡Sepa que soy una deportista!
- ¿Qué deporte practica?
- La natación. He ganado muchas copas y medallas. Aunque no he intervenido en ninguna Olimpiada. Pero estuve a punto de ir a la de Tokio cuando tenía dieciséis años.
- ¿Y qué hace ahora en el hotel? ¿Ha venido para participar en algún concurso?
- He venido para casarme.
- ¿Con quién?
- No debería decírselo, pero se lo voy a decir —la joven levantó la barbilla—. Mi prometido es el conde Zabasky.
- Felicitaciones.
- Gracias.
- ¿De qué nacionalidad es el conde Zabasky?
- Húngaro.
- En Hungría ya no sirven los títulos nobiliarios.
- El conde es un exilado.
- ¿Y dónde tiene sus posesiones?

—Se quedó sin posesiones. Pero le queda mucho dinero.

—¿Por qué se casa con él?

—Señor Bernard, es usted un impertinente.

—Eso quiere decir que se casa por su dinero.

—Ahora es un atrevido.

—Volvamos al hombre de la máscara, si le parece, señorita Lecleree.

¿Qué estaba usted haciendo cuando lo descubrió?

—Gimnasia.

—¿Con o sin la toalla?

—Eso no se lo voy a decir.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo la joven.

Entró Paul Bachelet, el jefe de recepcionistas, quien sonrió protocolariamente.

—¿Ocurre algo, señorita Lecleree?

—Un hombre se introdujo en mi apartamento.

Paul miró a Roger.

—Señor Bernard, acordamos que usted no molestaría a nadie.

—No continúe, Bachelet. No soy el hombre al que se refiere la señorita Lecleree. Llegué después del intruso y sólo vine para ayudar a la señorita.

—Es cierto —asintió Germaine—, Aunque no me sirvió de ninguna ayuda.

—Ande, señorita Lecleree —dijo Roger—, cuénteles al señor Bachelet qué clase de rostro tenía el intruso.

Los hermosos ojos de Germaine destellaron intensamente.

—Lo haré cuando usted se haya ido.

—Ya me voy. Estoy acostumbrado a las ingratitudes.

A continuación, Roger salió del cuarto 413.

Llamó en el 424.

Una voz débil le autorizó a pasar.

Armand Berenger estaba muy pálido.

Al verlo, Roger comprendió que estaba embriagado. Sobre la mesa había una botella de whisky por la mitad.

Roger se presentó.

—Un periodista, ¿eh? —sonrió Armand—. ¿Quiere que le cuente la historia de mi vida? Es divertida. Cuando al fin encuentro a la mujer ideal, alguien la estrangula. Un canalla, un miserable...

—¿Tenía enemigos su esposa?

—No diga tonterías. Valerie no podía tener enemigos.

—Me refiero a que alguien se pudo sentir contrariado porque ella se casaba con usted... Sé que Valerie fue institutriz en Suiza. ¿Quién era su

patrón?

—Un banquero, Claude Gaillart. Tiene dos hijos, una niña de nueve años y un niño de ocho.

—¿Está casado el señor Gaillart?

—Es viudo.

—¿Edad?

—Cuarenta y cinco años... Y ya sé lo que va a preguntarme a continuación. ¿Hubo un romance entre mi esposa y el banquero?

—Conteste usted, ya que hizo la pregunta.

—Sí, lo hubo... Gaillart se insinuó a Valerie... Pero lo hizo torpemente. No le hizo promesa de casarse con ella... El señor Gaillart sólo quería jugar con Valerie, pero ella era una mujer de principios morales y rechazó a Gaillart.

—¿Dónde está Gaillart?

—En Ginebra.

—¿Lo ha comprobado?

—No.

—¿Por qué no lo hace ahora?

—¿Usted piensa que él pudo matar a Valerie?

—Uno debe pensar muchas cosas cuando se trata de un asesinato.

—Tiene usted razón.

Armand descolgó el teléfono y estableció comunicación con Ginebra.

—Quiero hablar con el señor Gaillart... ¿Cómo dice?.. ¿Que no está?.. ¿Adónde fue?..

¿No lo sabe?.. ¿Tampoco cuando regresará?.. Muy bien, gracias.

Después de colgar miró a Roger.

—Ya lo ha oído. No está en Ginebra... Se marchó ayer y no dijo adónde.

Armand se sirvió una copiosa ración de whisky. Bebió un trago y clavó otra vez sus ojos en el rostro del periodista.

—Si ha sido Gaillart, lo estrangularé con mis propias manos.

—Cuidado, no tiene ninguna prueba.

—¿Qué le pasa a usted? ¿Lo va a defender porque es un banquero?

—Recuerde que fui yo quien sugirió el nombre de Gaillart.

—Perdone, no sé lo que digo.

—¿Se quedará usted en Niza?

—Sí, estaré unos días. Quiero que el asesino lo pague... ¡Sea quién sea!

—No se precipite.

—Deje de darme consejos. No soy un niño.

Roger había reunido datos suficientes y se fue a la redacción de *Le Matin*.

Se encerró con Frangois en un cuarto. Este se lamentó porque Roger no lo había llevado consigo.

—Tenía que hacer este trabajo solo —le contestó Bernard—. La gente se asusta si ve a más de un periodista. Pero tienes faena para divertirme un rato. Quiero que investigues sobre estas personas.

La investigación abarcaba los nombres de Charles Vauthier, Paul Bachelet, Jean Larouse, Raymond Lefevre, Alain Moreau, empleados del hotel Nacional, y el huésped Pierre Lamorise.

El director Marcel Marchand entró en el cuarto.

—¿Qué sacaste en claro, Roger? —ladró.

—Que hay directores de periódicos que debían de estar colgados.

—Y hay otros que deberían ser respetados por sus subordinados, especialmente cuando se preocupan de que hagan una brillante carrera.

—Interrumpiste mis vacaciones, Marcel.

—Sí, con una sueca.

Frangois dio un suspiro.

—Y qué sueca, dire.

—Te he prohibido que me llames dire.

—Perdona, la sueca me lo hizo olvidar.

Marcel enseñó los dientes a Frangois.

—Conque tú también estás por las dentelladas a las turistas del Norte.

—A todas no. Aún hay clases.

—Gracioso, muy gracioso.

—Sé un chiste muy bueno acerca de las turistas del Norte.

—No he venido a escuchar chistes, Frangois. ¿Cómo ha ido tu trabajo, Roger?

—Es un lío tremendo.

—¿Qué me dices del asesino?

—Tengo una lista de sospechosos.

—¿Cuántos?

—Se la estaba haciendo a Frangois.

Le entregó el papel a Marcel.

—No está mal —dijo el director.

—Está incompleta.

—¿Quién falta?

—Un banquero, Claude Gaillart, y un noble, el conde Zabasky, un húngaro de nacimiento y probablemente francés de adopción.

—¿Alguien más?

—Por ahora, ya se cerró. Frangois y Raoul tienen que investigar a los personajes.

Raoul entró en aquel momento.

—¿Debo hacer de comisario Maigret?..

—Luego le traspasas el argumento a Simenon —repuso Roger.

El director exclamó:

—Basta de frases ingeniosas... No soy partidario de que se malgasten las células grises de mis empleados...

Quiero que empecéis a trabajar sobre esta lista... ¿Qué publicamos ahora, Roger? —Nada.

—¡Tienes que hacer una crónica con todo lo que descubriste!

—Prácticamente no descubrí nada. Sólo entablé relación con unos personajes, como tú los llamas... Si escribo una crónica acerca de ellos, sólo conseguiré una cosa: Ponerlos en mi contra...

Marcel se rascó la nuca.

—Quizá tengas razón.

—Soy partidario de que esperemos un poco a que Frangois y Raoul me informen acerca de los tipos.

—Trato hecho —dijo el director y se marchó.

Frangois soltó una risita.

—Por eso me gusta trabajar contigo, Roger. Eres el único redactor a quien respeta el dire.

Marcel Marchand asomó la cabeza por el hueco de la puerta.

—¡Frangois, si vuelves a llamarme dire, te despido!

Cerró de un portazo y Roger y Raoul soltaron la carcajada al ver la cara de circunstancias que ponía Frangois.

Capítulo V

LUCIE Sadoul estaba empleada en una agencia de viajes, en Niza.

Detuvo su coche en un motel, el Dakota.

No le gustaba el lugar, pero Xavier Guisol no quería que se viesen en otro sitio.

El dueño del motel, Jean Page, era un tipo gordo, sucio, que siempre estaba sudando. Page estaba sentado en una mecedora cuando Lucie saltó del coche.

—¿Otra vez aquí? —dijo con una risita sarcástica.

—¿No es su negocio dar alojamiento a los viajeros?

—Sí, claro.

—Entonces, quiero un *bungalow*.

—Puede elegir. Están todos libres, aunque imagino que querrá el de siempre.

—Deme la llave.

—Cójala usted misma. Ya sabe dónde encontrarla.

De buena gana, Lucie se hubiese marchado, pero era muy importante que ella viese a Xavier.

Tragó su rabia y entró en la oficina cogiendo del tablero la llave correspondiente al *bungalow* número cuatro.

Al salir, Page la miró con las cejas enarcadas.

—¿Y su novio? ¿Va a venir?

—Sí.

—La otra vez le dio plantón.

—No es asunto suyo, señor Page.

—Oh, no, claro que no, pero me preocupa que una chica tan linda como usted pierda el tiempo.

—Sería mejor que cerrase la boca.

—La tengo para hablar.

—No le pedí su opinión acerca de mi novio.

Lucie dio media vuelta y se alejó del dueño del motel.

Entró en el *bungalow* número cuatro.

Después de encender un cigarrillo, consultó su reloj. Xavier se estaba retrasando. ¿Y si Page tenía razón y Xavier no acudía a la cita?

Oyó el motor de un coche.

Corrió hacia la ventana y dio un suspiro de alivio al comprobar que era Xavier.

Vio como él hacía un saludo con la mano a Page, después de saltar de su coche deportivo.

Ella corrió a abrirle. Xavier entró muy serio. No intentó besarla.

—¿Por qué me citaste con tanta urgencia, Lucie?

—Era necesario. Hace cuatro días que no nos vemos.

—He tenido mucho trabajo.

—¿Por qué de pronto se te ha aglomerado el trabajo? Antes nos veíamos todos los días.

—Pregúntaselo al alcalde.

Xavier trabajaba en el Ayuntamiento de Niza como jefe de negociado.

—Te cité porque te quiero informar de algo importante. Voy a tener un hijo tuyo. Xavier se quedó con la boca abierta.

—¿Qué es lo que has dicho? —pudo exclamar al fin—. Dime que es una broma.

—He consultado con un médico.

—Los médicos se equivocan.

—Pero no se equivoca la Naturaleza.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace una semana.

—Lo siento.

—¿Sólo dices eso?

—¿Qué quieres que diga?

—¡Debemos casarnos cuanto antes, Xavier!

—¿Casarme yo?

—Es lo que procede.

—Cariño, esta situación puede arreglarse de otra forma.

—¡Sólo existe una forma de arreglarlo y es casándonos!

—No puedo casarme ahora.

—¿Por qué no?

—No gano lo suficiente para mantener una familia.

—Yo creía que sí.

—No tengo bienes de fortuna. Sólo cuento con mi sueldo.

—Es suficiente para nosotros. Además, yo continuaré trabajando.

—¿Hasta cuándo, si vas a tener un hijo?

—Puedo pedir permiso un par de meses antes del alumbramiento.

—¿Y luego?

—Hay muchas madres que trabajan.

—Qué hermoso panorama me ofreces.

—Lo quisimos los dos... Dijiste que me amabas, Xavier.

—Oye, no empieces ahora a ponerte pesada.

Lucie hizo un gesto de sorpresa.

—¿Pesada? ¿Cómo te atreves a decir eso?

—Mira, pequeña, ahora tengo mucho trabajo. Tuve que interrumpirlo para acudir a la cita. Hablaremos de este asunto más seriamente.

—¡Ya lo estamos haciendo!

—Pero me ha sorprendido. Mi cabeza es una olla de grillos. Espera un poco a que me acostumbre a la idea.

—Hablas como si casarte conmigo fuese para ti un sacrificio.

—No he dicho eso.

—Lo das a entender con tu conducta.

—Escucha, nena, nos veremos esta noche. Cenaremos juntos y hablaremos con más calma sobre nuestro problema.

—Ya te he dicho que sólo hay una forma de solucionarlo.

—Muy bien, sólo existe una forma según tú, pero no puedo seguir aquí un minuto más.

Te veré esta noche en el restaurante de siempre.

Xavier salió precipitadamente del *bungalow*.

—¡Xavier! —lo llamó ella.

Pero él no se detuvo.

La joven corrió a la ventana otra vez y vio como el coche de Xavier se alejaba a toda velocidad. Sintió unos enormes deseos de llorar y se arrojó de bruces en el sofá.

Llevaba un rato sollozando amargamente cuando la puerta se abrió.

Alzó la cara surcada por las lágrimas y vio en el hueco a Jean Page.

—¡Márchese, señor Page!

—De modo que, otra vez la plantó. Y apuesto a que ahora es para siempre.

—Es usted odioso. No quiero seguir escuchándolo.

—Yo puedo ayudarla.

—Sé la forma en que usted querría ayudarme. ¿Sabe lo que le digo? ¡Que es usted un cerdo! ¡Lárguese!

Page se encogió de hombros.

—Como quiera. Hay mujeres en abundancia. Y yo sé comportarme con ellas mejor que Xavier. Pero ustedes prefieren los de su tipo, que sean guapos, altos.

—¡Váyase, por favor!.. ¡Váyase!

—No me quedaría ni aunque me lo pidiese de rodillas. Nunca me han gustado las mujeres histéricas —contestó Page y salió del *bungalow*.

Lucie se echó de nuevo sobre el sofá y continuó sollozando.

No, no vería más a Xavier. No acudiría a la cita que él le había dado

en el restaurante. ¿Para qué? Xavier la había defraudado. Trabajaría dos o tres meses más en la agencia de viajes y ahorraría todo el dinero que pudiese, y luego se marcharía a otra ciudad para tener su niño.

Oyó que otra vez la puerta se abría.

—Señor Page, le dije que se marchase.

Pero no era Page.

Su visitante se cubría el rostro con una máscara. Esta era muy bella y lo asemejaba a una estatua griega.

Lucie sintió miedo al ver que aquel hombre, además de la máscara, cubría las manos con guantes negros.

—¿Quién es usted?

—El hombre que soluciona todos los problemas, y tú tienes uno pendiente, Lucie. —¿Cómo sabe mi nombre?

—Me informo de todas aquellas muchachas que tienen problemas.

—No comprendo.

Su visitante echó a andar hacia el sofá.

—¡Deténgase! —exclamó Lucie poniéndose en pie.

El hombre se detuvo.

—Tienes que portarte bien, Lucie... Dentro de unos momentos todo quedará solucionado.

—¿A qué se refiere?

—Naturalmente, a tu problema. Cometiste una falta, pero muy pronto te va a ser perdonada gracias a mí.

—¿A usted?.. ¡No lo necesito!... ¡Déjeme en paz!

El hombre de la máscara echó de nuevo a andar.

—¡No quiero que se acerque más!.. ¡No estamos solos! ¡Ahí fuera está el dueño del motel!... ¡Si no se va ahora mismo, pediré socorro!

El hombre saltó sobre Lucie.

Ella quiso escapar, pero se interpuso el sofá en su camino.

Lucie quiso gritar, pero una de las manos enguantadas le cubrió la boca.

—No grites, Lucie.

Los ojos de Lucie se llenaron de terror al ver tan cerca la máscara griega.

—¡Por favor, no!..

—Deberías darme las gracias, Lucie.

—Se las daré si se va.

—Me marcharé dentro de un rato, cuando haya solucionado lo tuyo.

—¡No quiero que me solucione nada!

—Es necesario que lo haga.

Lucie pensó en el cenicero de bronce que había sobre la mesa. Si lograba alcanzarlo, podría defenderse golpeando a su visitante en la

cabeza.

—Muy bien, lo discutiré con usted.

—No, no se trata de hablar.

Ella giró un poco hacia la mesa. Sólo tenía que alargar un poco el brazo y se apoderaría del cenicero.

De pronto, el hombre soltó una carcajada y tiró de ella. Los dos cayeron en el sofá, él encima de Lucie. Las dos manos del hombre de la máscara ya atenazaban la garganta de la joven.

El aire escapó de los pulmones de Lucie.

—Sí, querida —dijo el extraño hombre—. Ya no vas a tener problemas y eso lo deberás a mí... ¡Algún día me darás las gracias! ¡En el más allá!

Los ojos de Lucie se desorbitaron y abrió la boca.

El hombre de la máscara siguió apretando y apretando el cuello de Lucie.

Capítulo VI

JEAN Page se limpió con el pañuelo el sudor de las palmas de las manos.

—Nunca he tenido nada que ver con la policía, señor comisario, se lo juro.

El comisario Trinquer se echó en la boca un caramelo de menta.

El y su equipo estaban en el *bungalow* número cuatro del motel Dakota.

El doctor Picart había terminado su examen y carraspeó suavemente.

—Lo mismo que la otra. Estrangulamiento, comisario... Parece que es la racha... ¿O prefiere que lo llame epidemia?

—Como usted quiera, doctor.

Los técnicos en huellas estaban haciendo su trabajo llenando de polvo los muebles, los tiradores de las puertas...

El inspector Maxime Dupont había ido en busca de Xavier Guisol. Page había dado una información completa acerca de la pareja.

—Usted estaba solo aquí, ¿eh, Page? —rezongó el comisario.

—Solo no. También estaba el asesino.

—Pudo ser usted.

—Oh, no.

—Le resultó fácil llegarse al *bungalow* cuando la chica quedó a solas. Usted nos ha dicho que Xavier abandonó muy aprisa el motel.

—Le haré una confesión. Vine aquí.

—¿Para qué?

—Ella estaba llorando.

—Le pregunté para qué.

—Le digo que la oí llorar desde fuera.

Y entró para consolarla.

—Eso es.

—Eres un imbécil, Page —lo tuteó Trinquer.

—¿Cómo se atreve, señor comisario?

—Pedimos información de ti antes de ponemos en camino, en cuanto recibimos tu llamada telefónica. ¿No has oído hablar que los policías trabajamos muy aprisa? Dices que no has tenido que ver con la policía y es falso. Fuiste detenido tres veces en París y dos en Marsella.

—Pero nunca por asesinato.

—En París fuiste un estafador. Te dedicaste al lucrativo negocio de vender apartamentos que no existían. Lo pagaste con una condena de cinco años.

—Yo quería construir las casas.

—En el aire.

—Fue un caso de mala suerte.

—Lo supongo. Mala suerte para ti porque te pillaron.

Y en Marsella fuiste contrabandista, para variar.

—¡Calumnias, señor comisario! Un primo mío no podía verme ni en pintura y dio el soplo.

—Déjate de tonterías, Page. Se probó bien.

—Como usted quiera, señor comisario.

—Ahora quiero la verdad.

—Ya le he dicho la verdad. No tengo que ver con esto. Yo nunca me mancharía las manos de sangre. Soy el tipo que usted dice. He hecho algunas cosillas malas, pero ya me he retirado. Este motel se lo demuestra. Es un negocio sano.

Se oyó llegar un coche y poco después Maxime entró con Xavier Guisol.

—¿Qué significa esto, señor comisario?

—Mire el sofá, Guisol.

Xavier miró hacia el sofá y al ver a Lucie tragó saliva.

—¿Está... muerta?

—Sí, Guisol está muerta.

—¡Dios mío!

—¿Qué pasó entre ustedes?

—¿Cómo dice?

—Ustedes se veían aquí.

—Nos queríamos... Perdome, estoy muy mal. Es horrible. Lucie muerta...

—¿Por qué discutieron?

—¿Cómo? Oh, no, de ninguna forma. No discutimos.

—No lo niegue. El señor Page nos ha informado.

Xavier dirigió una mirada cargada de odio al dueño del motel.

—¿Qué les ha dicho usted, señor Page?

Page se limitó a encogerse de hombros.

—Está bien, señor comisario. Lucie y yo discutimos.

—¿Por qué?

—Por un problema personal que no hace al caso.

—Debe decirlo.

—No me puede obligar, señor comisario. Le repito que es personal.

—Entonces, lo detendré.

—No me puede detener. No soy el asesino.

—No digo que lo sea, pero da la casualidad de que es nuestro mejor sospechoso.

—¡Yo me marché de aquí! ¡Page me vio salir en el coche!.. ¡Su inspector me encontró en el Ayuntamiento de Niza, en mi oficina!

—Mire, señor Guisol, sabemos que usted estuvo en este *bungalow*, a solas con Lucie. Que discutieron. Y usted dice que se marchó. Voy a admitir que hasta lo vio Page. Pero pudo detener el coche a unos centenares de metros del motel y regresar a pie para cometer el crimen. Luego, volvió a su automóvil y se marchó a su oficina a esperar que un inspector de la policía lo sacase de allí.

—Usted no creerá eso.

—Convéncame de que no lo debo creer.

Se abrió la puerta y entró Roger Bernard.

El comisario arrugó el ceño.

—¿Qué hace aquí, Bernard?

—Me dijeron que se había cometido un crimen.

—¿Quién se lo dijo?

—Maxime.

El comisario miró a Maxime con reconvención y éste dijo:

—Lo encontré casualmente en un bar, comisario.

—¿Por qué entraste en un bar, Maxime?

—Para beber una cerveza, estaba cerca del Ayuntamiento.

—Y Bernard te destripó, ¿eh, Maxime?

Roger intervino:

—No sea gruñón, comisario. Ya sabe que le he servido de ayuda otras veces.

—Quisiera olvidarlas.

—Pero no puede porque su conciencia le dice que no debe traicionar a un amigo. Para que vea cuánto le aprecio, le diré que suspendí mis vacaciones para ocuparme del estrangulador.

—Entonces, le voy a decir una cosa, Roger. ¡Por mí puede continuar sus vacaciones! —Eso no lo haría por nada del mundo ahora que hay dos víctimas.

—Todavía no sabemos si las dos mujeres fueron asesinadas por la misma persona. Xavier gritó:

—¡No he matado a nadie!..

—¿Quién es, comisario?

—Xavier Guisol. Mantenía relaciones con esa mujer —señaló el sofá—. Se veían aquí muy a menudo. Hoy discutieron y el señor Guisol dejó aquí a Lucie. He llegado a la conclusión de que ella fue muerta unos minutos después que Guisol se marchase.

Xavier escondió la cara entre las manos y sollozó.

—¡Yo la quería!.. ¡Yo la quería!.. ¡No podía matarla!.. ¡Íbamos a tener un hijo!

Hubo un silencio, que el comisario rompió.

—Ya ha dado una razón para el asesinato, Guisol.

—Oh, no, comisario, no diga eso. ¿Por qué había de confesarlo?

—Porque lo habríamos descubierto de todas formas. Usted ha tenido en cuenta que se tenía que hacer la autopsia de Lucie. ¿Por qué se negó a casarse con ella?

—Yo no sabía nada. Me lo dijo hoy... Aquí mismo... Me sorprendió. Era lo natural... No esperaba la noticia... Reaccioné en contra... Pero eso es también lógico... Quiso convencerme para que me casase con ella... Yo estaba aturdido... No quise oír hablar de matrimonio, pero quedé citado con ella para esta noche... en el restaurante Grillet. Otras veces hemos ido allí. De vuelta de la oficina, estuve pensando en mi hijo. Era mío. No podía consentir que naciese sin padre. Por eso ya estaba decidido a casarme con Lucie.

—Es fácil decir eso ahora.

—Le juro que es verdad.

—No me valen de nada sus juramentos cuando la chica está muerta. Llévatelo, Julien. El otro inspector cogió a Xavier por el brazo, el cual no intentó ofrecer resistencia.

Los dos salieron del *bungalow*.

Bernard sacudió la cabeza.

—¿Cree sinceramente que lo hizo Xavier, comisario?

—Lo sabré enseguida.

—Creo que le comprendo... Si los crímenes cesan, Guisol será el culpable. Si continúan, Guisol será inocente.

—Usted es muy listo, Bernard. ¿Por qué no se metió a policía?

—Siempre he preferido escribir A los seis años escribía cartitas a mi vecina.

—Se enamoró muy pronto.

—Yo tenía seis años y ella dieciocho.

—Un niño precoz.

—Es lo que me dicen todos. ¿Quiere saber lo que dicen ellas?

—No, gracias, guárdeselo.

—Como usted quiera, comisario. Sólo quería que acumulase experiencia.

—Ya tengo bastante. Y ahora, ¿quiere dejamos trabajar?

—Con mil amores. Yo también debo ganarme el pan.

Capítulo VII

ROGER Bernard viajó en su coche hasta el hotel Nacional.

Aparcó y fue derecho a la recepción.

Paul Bachelet estaba leyendo un periódico, pero no era *Le Matin*.

—Leyendo a la competencia, ¿eh?

—¿Usted? ¿Qué hace por aquí? Creí que ya había terminado de enredar.

—Lo vi por la calle hace un rato. Perdone que no lo saludase.

Era falso. Roger no había visto a Paul Bachelet, pero necesitaba saber si había salido del hotel mientras Lucie Sadoul era asesinada.

—Por la calle de la Paz.

—Entonces vio a otra persona. No he estado en la calle de la Paz.

—¿Quiere decir que salió del hotel?

—Tuve que ir al Banco. ¿A qué viene el interrogatorio?

—Asesinaron a otra mujer y utilizaron el mismo procedimiento que con Valerie para acabar con ella.

—De modo que sospecha de mí.

—Tranquilícese, sospecho de todos. Es una manía mía no fiarme de nadie.

—Váyase al cuerno.

—¿Y cuál es la dirección?

—Elíjala usted mismo.

En aquel momento Roger vio a Germaine. Estaba a solas en una mesa del restaurante. Se apartó de Bachelet y encaminóse hacia la joven.

—Hola, ¿ya llegó su conde?

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—No, todavía no, pero llegará de un momento a otro.

—Entonces, me puedo sentar con usted —dijo Roger y se sentó antes de que ella pudiese decir nada.

—Es usted un fresco.

—Lo soy, pero no se lo diga a nadie —guiñó un ojo Roger.

—¿Qué es lo que quiere ahora?

—Simplemente acompañarla.

—¿Por qué?

—Se está muy bien con usted.

—Pierde su tiempo. Ya le dije que me voy a casar. No hará plan conmigo.

—Debería apartar de su mente tan malas ideas acerca de mí. Soy un buen chico. —Apuesto a que se lo dijo su abuelita.

—Una gran mujer. Tenía que conocerla.

—Me temo que no tengo tiempo.

—Vive cerca de Niza. Podríamos ir en una hora. Le gustaría el pueblo. Está entre montañas, en un hermoso valle lleno de verdor y de flores.

—No, gracias.

—¿Cree que se molestaría mucho el conde?

—Es un hombre chapado a la antigua, ya sabe, no le gusta compartir su mujer con nadie.

—Temo por usted. Él es conde y húngaro. ¿No se habrá enamorado de un vampiro? —No, señor Bernard, le aseguro que no es ningún vampiro.

Una voz dijo:

—¿Habláis de mí?

Allí estaba el conde y Roger, después de echarle una ojeada, llegó a la conclusión de que era lo menos parecido a Drácula.

El conde Zabasky frisaba los treinta y cinco años, y era alto, bien parecido, de facciones varoniles.

Germaine dijo:

—Querido, es un periodista, Roger Bernard.

Roger se puso en pie.

—¿Cómo está, conde?

—Bastante mal desde que no tengo nadie a quien chupar la sangre.

—¿Tiene bastante con medio litro? Tengo un gato en casa.

El conde arrugó la nariz.

—Señor Bernard, usted no me gusta nada.

—Me voy a echar a llorar. Perdone, pero debo ausentarme. Sé que lo sentirán mucho. Buen almuerzo.

Roger se retiró y el conde ocupó su silla.

—Querida, deberías tener más cuidado al elegir tus amistades.

—No es amigo mío.

—¿Y por qué compartía tu mesa?

—No compartía mi mesa. Se sentó porque quiso. Ya le dije que era un fresco.

—¿Y cómo entablaste relación con él?

—Se cometió en el hotel un asesinato, y Bernard vino a hacer su información.

—¿Un asesinato?

—Una recién casada fue estrangulada. Ocurrió en la misma planta donde yo me alojo. —Lamentable, muy lamentable.

—También intentaron matarme a mí.

—Oh, no.

—Sí, Janos... Un hombre entró en mi habitación. Se cubría con una extraña máscara. Su rostro parecía el de una estatua griega. Empecé a gritar y desapareció en la habitación adyacente, pero nadie me creyó, ni siquiera ese periodista.

Janos tomó entre sus manos la de Germaine.

—Cuánto lo siento, querida. Debiste pasar un gran susto.

—Un poco.

—¿Sólo un poco?

—Bueno, lo sentí porque el enmascarado me interrumpió la sesión de gimnasia.

—Eres admirable —dijo el conde y besó las manos de la joven.

* * *

Roger Bernard subió en el ascensor.

Pierre Lamorise le abrió la puerta de su cuarto.

—¿Qué quiere ahora, señor Bernard?

—Hablar con usted de nuevo.

—Está bien, pase.

—Creí que me iba a echar.

—No me tienta.

Roger dirigió una mirada a su alrededor. La cama estaba desordenada.

—¿Salió hoy, Lamorise?

—Sí.

—¿Puedo preguntar adónde?

—Puede preguntarlo, pero yo no le contestaré. —Sería preferible que respondiese.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Estrangularon a otra joven.

—¿En el hotel?

—No, aquí, no. Esta vez fue en un motel, el Dakota, a unos cinco kilómetros al este de Niza.

—Entiendo, y usted cree que yo fui a ese motel a estrangular a la joven.

—Podía ser.

—Ahora es cuando lo echo.

—No lo intente, señor Lamorise.

—Si no sale por su propio pie, lo saco de aquí a puñetazos.

—Haría un mal negocio.

Lamorise le tiró el puño derecho a la cara.

Bernard estaba preparado y saltó a un lado burlando el golpe. Replicó con un mazazo al hígado de su rival.

Lamorise retrocedió tambaleándose, mientras su cara se ponía verde.

—¡Maldito, lo voy a hacer pedazos!

Avanzó sobre Roger, pero éste lo paró de nuevo con un golpe en el pecho y luego le soltó un izquierdazo en la mandíbula.

Lamorise cayó en la cama y salió rebotado al suelo. Se movió débilmente.

Roger cogió un vaso de agua y derramó su contenido sobre la cabeza del agente de ventas.

—¿Se encuentra mejor, Lamorise?

—¡Váyase al infierno!

—Alguien le pilló la delantera y me envió al cuerno.

—En el infierno estaría mejor.

—Hay dos personas que están en un lugar más frío. Las dos estranguladas. ¿Ha visto alguna vez la Morgue?..

—Muy bien, le diré a dónde fui. A ver a un cliente.

—¿Qué cliente?

—El dueño de una cafetería.

—Dígame su nombre.

—Gaston Leprince.

—¿Cuánto tiempo estuvo con él?

—Una hora. Desde las diez hasta las once.

—Entonces pudo hacerlo. La chica fue estrangulada a las once y media. Yo le diré lo que le pasa a usted. Se cansó de romper fotografías de chicas bonitas y decidió romperlas de carne y hueso.

—Es la mayor idiotez que he oído en mi vida. Soy un hombre que respeta a sus semejantes.

—Menos las fotografías.

—¿Qué tiene de particular eso?

—Un siquiatra lo encontraría extraño y estoy seguro de que le buscaría una explicación.

—Pero usted no es siquiatra.

—No, no lo soy, pero también quiero una explicación.

—Es algo que no puedo evitar, señor Bernard.

—¿Qué es lo que no puede evitar?

—Comprar fotografías. Me gustan las de chicas morenas.

—Pero luego las destroza.

—Sí.

—Porque no puede tenerlas en carne y hueso. Es esa la razón, ¿verdad?

—Tuve a una de ellas.

—¿A quién? ¿A Brigitte Bardot?

—No.

—¿A Elke Sommers?

—No.

—¿A quién tuvo, entonces?

—A una *starlett*, ya sabe una de esas actrices que empiezan. Era más hermosa que todas las estrellas de cine juntas... Lo sacrifiqué todo por ella. Me gasté hasta el último franco de mis ahorros y un día se largó con otro hombre, con un cochino italiano... —Hay otras mujeres.

—Pero no hay ninguna como Blanche...

—Está usted enfermo. Debería ponerse en manos de un siquiatra.

—No diga eso.

—Es la verdad.

—No necesito a un siquiatra, sólo que Blanche vuelva a mi lado.

—Quíteselo de la cabeza. Esas mujeres no vuelven con el hombre que despellejaron... Roger se acercó a la cama. Allí había dos maletas que estaban abiertas. Se puso a buscar entre la ropa.

—¿Qué hace ahora? —preguntó Lamorise.

—Estoy buscando una máscara.

—¿Una máscara?

—Sí, eso he dicho.

—No tengo ninguna máscara. No me gustan las fiestas de carnaval.

—Seguro que participó con Blanche en un baile de disfraces.

—Sí...

—¿De qué iba disfrazado usted?

—No lo recuerdo.

—Trate de recordar.

—Oh, sí, ya lo sé. Me disfracé de mosquetero, pero alquilé el traje y la máscara.

Roger salió de la habitación.

Entró otra vez en el restaurante. Germaine y el conde estaban almorzando.

Pasó a la cocina.

El jefe de camareros estaba dando órdenes a sus subordinados.

—Quiero hablar con usted, señor Moreau.

—¿Alguna queja?

—Es sobre el asesinato que se cometió en el hotel.

—Tendrá que esperar.

—No puedo esperar porque ya se cometió otro crimen.

—Me temo que no lo entiendo. Yo no estaba en el hotel cuando se cometió el primer crimen, y puede estar seguro de que tampoco me encontraba en el lugar donde se cometió el segundo. ¿Por qué tiene interés en mí, señor Bernard?

—Estoy seguro de que podrá contestar usted mismo.

Moreau sonrió. Era un tipo elegante, de suaves maneras lo cual indudablemente le había valido para ocupar su cargo en el Nacional.

—¿Cree que yo he podido matar a esas mujeres?

—¿Quién le ha dicho que la segunda víctima es también una mujer?

—No lo dijo usted, ¿verdad?

—No, no lo dije.

—Bueno, lo he supuesto.

—¿Tiene usted facultades adivinatorias?

—Le repito que lo he supuesto. Eso es todo y no pienso seguir hablando con usted. —Hablará con la policía.

—¿Por qué con la policía?

—Soy amigo del comisario Trinquer. Es quien se ocupa de los dos casos. ¿Quiere que lo interroge él o prefiere que lo haga yo?

Moreau miró nerviosamente a los camareros que entraban y salían de la cocina.

—Está bien, señor Bernard. Sígame.

Fueron a un cuarto donde había una pequeña mesa y varias sillas.

Moreau encendió un cigarrillo y dijo:

—Adelante, señor Bernard. Pregunte lo que quiera.

—¿Es casado?

—Sí.

—¿Vive con su mujer?

—No.

—¿Por qué no?

—Acordamos separarnos amistosamente.

—¿No hubo divorcio?

—No, no lo hubo.

—¿Dónde está ella?

—En París.

—Quiero su nombre y dirección.

Moreau titubeó unos instantes y al fin dijo:

—Simone Rosay, avenida del Príncipe, 334, octavo C. ¿Qué espera sacar con eso? —Posiblemente nada.

Moreau dio una chupada al cigarrillo y exhaló el humo mientras sonreía.

—No, no va a conseguir nada.

—¿Dónde estaba usted cuando se cometió el crimen?

—Con una chica.

—¿Qué chica?

—Una camarera.

—Supongo que trabaja en el hotel.

—Sí. Se llama Gina Blanquetti. Puede comprobarlo si quiere.

—Lo comprobaré. ¿Dónde estaba usted hoy entre las diez y las once?

—Caramba, no lo recuerdo.

—Trate de recordar.

—No puedo.

—No quiere.

—Oh, sí, no sé cómo lo pude olvidar. Fui a ver a un amigo.

—¿Qué amigo?

—Emile Paulin.

—¿Dónde lo encontraré?

—No hace falta que pregunte a Emile. Le diré que no me vio. Fui en su busca, pero no lo encontré. De modo que todo se convirtió en un paseo. Luego me vine al hotel.

—¿No lo vio nadie en el camino?

—No.

—No tiene coartada para el segundo crimen y, en cuanto al primero, podría haberse puesto de acuerdo con Gina Blanquetti.

—¿Por qué piensa que soy yo el asesino? Las víctimas son mujeres. Yo las quiero mucho con locura. Paso de una a otra sin remordimiento de conciencia. Procuro hacer dichosas al mayor número de ellas. ¿No me deja eso fuera del doble asesinato?

—Ya veremos —dijo Roger y salió de la habitación.

Tenía que ir ahora a la redacción del periódico para escribir una crónica sobre el segundo asesinato antes de que sus rivales le pisasen la noticia.

Al pasar por el restaurante sus ojos se encontraron con los de Germaine. Él le sonrió y ella no apartó la mirada. El conde Zabasky se dio cuenta y atrajo la atención de Germaine cogiéndole una mano. Roger pensó que cada vez le gustaba más la joven y menos el conde Zabasky.

Capítulo VIII

ERAN las doce de la noche.

Germaine estaba en la cama, pero no podía dormir.

Y lo curioso del caso es que tampoco podía leer. Tenía un libro entre las manos, pero sus ojos no prestaban atención a las letras.

Estaba pensando y lo gracioso del caso era que no estaba pensando en el conde Zabasky, sino en el periodista Roger Bernard.

¿Por qué?, se preguntó.

Le daba mucha rabia que Bernard hubiese suplantado a Zabasky en su mente. Tendría que autoanalizarse.

De pronto sonó el timbre del teléfono y dio un grito.

—¿Sí? —dijo por el micro.

—Hola, soy Roger.

—¿Qué Roger? —preguntó ella, aunque bien sabía de quién se trataba.

—El muchacho de la pluma.

—¿Por qué me llama a estas horas?

—Porque he tratado de apartarla de mi cabeza, pero no he podido.

—Pues tómese una aspirina.

—No he dicho que me duela... Le iba a proponer que saliésemos juntos, Germaine.

—¿Ahora?

—Conozco un sitio que está abierto hasta las cuatro de la madrugada. Lo pasaremos muy divertido.

—¿Por qué cree que me voy a divertir con usted?

—Es la mar de fácil, porque hemos nacido el uno para el otro.

—¿Sabe lo que me parece, Roger?

—Dígalo.

—Un presuntuoso y un...

—Deje el resto para después. La espero en el bar del hotel.

—No iré.

—¿Estará lista en media hora?

—No pienso estar lista ni en dos horas. Me va a esperar inútilmente, señor Bernard. —Tengo la esperanza de que cambiará de opinión. La espero.

—Es usted un iluso —dijo Germaine y colgó.

Cruzó los brazos enfurruñada. ¿Quién se había creído que era, Roger Bernard? Oh, sí, claro, se tenía por un conquistador, por un hombre al que bastaba una sonrisa para ligar con una mujer. Ella le demostraría que se equivocaba esta vez.

Tomó el libro de nuevo y se dedicó a leer. Logró sumergirse en el argumento, pero sólo por media página. Después, ya estaba pensando en Roger...

Entonces oyó que la puerta del apartamento se abría. Aquel hombre era un atrevido. —Señor Roger —dijo—. Le ordeno que salga ahora mismo.

Del pequeño *living* no le llegó ninguna respuesta.

—Señor Bernard, ¿quiere que dé un escándalo? Si no sale ahora mismo, llamaré a la dirección.

Un hombre entró en su dormitorio, pero no era Bernard.

¡Era aquel hombre con la máscara griega!

Germaine sintió que la sangre se helaba en sus venas.

—¡Usted! —pudo decir.

—Buenas noches.

—¿Cree usted que pueden ser buenas?

Aquel hombre soltó una risita.

—Son las mejores para mí.

—Entiendo, hay luna llena.

—Sí, hay luna llena.

—Pero está un poco nublado. Debió continuar en el ataúd.

—Es usted muy simpática, señorita Lecleree.

—Si ya conoce mi nombre, podía decirme el suyo.

—Apolo.

—Hubo un dios griego que se llamaba Apolo.

—Yo soy ese dios.

—No me diga.

—¿Es que no lo ve? Mire bien.

—He visto algunas veces a Apolo, pero siempre era de piedra.

—Soy de carne y hueso.

—Pues debió quedarse en el Olimpo...

—Fue necesario que bajase a la tierra.

—¿Por qué?

—Todas las mujeres he han querido y ahora, de pronto, ellas empiezan a traicionarme. ¿Se da usted cuenta?

Germaine no se daba cuenta de nada, pero tragó saliva y afirmó con la cabeza.

—Oh, sí, está la mar de claro.

—No sea estúpida... Usted está confusa, pero yo le aclararé las ideas.

Germaine se dijo que eso le convenía. Apolo, o como quiera que se llamase, tenía que seguir hablando para dar oportunidad a que Roger subiese a la habitación. Entonces, sintió que el corazón le golpeaba con más fuerza contra el pecho al recordar que Roger nunca subiría allí puesto que la esperaba en el bar.

Apolo se acercó a la cama y Germaine fue a gritar.

—¡No haga eso!.. ¡No grite! —ordenó el hombre.

Bastó para que la joven permaneciese en silencio.

—He sido amado por las mujeres aunque jamás me desposé con ninguna... Y siempre castigué a la que me traicionó.

—No debería ser tan vengativo, señor Apolo.

—A Dafne la convertí en laurel.

—¿En laurel?

—Es lo que se merecía. También castigué a Clitia.

—¿Y qué hizo con ella?

—La transformé en heliotropo.

—Pero eso debió ser hace mucho tiempo.

—Millones de años.

—Demonios, pues se conserva usted muy jovencito —Acaba de decir otra estupidez. ¿No sabe que yo soy inmortal?

—Oh, si, perdone, lo había olvidado.

—Está olvidando demasiadas cosas, Germaine.

—Tiene usted razón, Apolo... Soy muy desmemoriada, sobre todo de cierto tiempo a esta parte. ¿No sabe lo que me pasó en Nápoles?

—No quiero saber lo que le pasó en Nápoles.

—Pues cuénteme lo que le pasó a usted en Nápoles.

—¿Quiere distraerme? No lo va a conseguir... No he venido aquí para contarle ninguna historia. Solo a vengarme.

—¿A vengarse? ¿De quién?

—¿De quién va a ser? De usted.

—Pero yo no le he traicionado.

—Si, señorita Lecleree. Usted me engañó.

—¿Cuándo? ¿De qué forma?

—Toda mujer en que yo me fijo me pertenece.

—No me di cuenta del momento en que se fijó en mí. Dígame, ¿cuándo ocurrió eso?

—No importa cuando haya ocurrido, lo cierto es que yo la elegí.

—Me hizo un gran honor. Se lo aseguro.

—Pero usted dedicó su atención a otro hombre.

—Compréndalo, Apolo... Usted es un dios y nosotras, pobres mortales, no tenemos más remedio que enamorarnos de otros mortales

como nosotras.

—Eso es una vulgaridad.

—Admito que es una vulgaridad. Pero ¿qué quiere usted que le hagamos?

—Yo puedo hacer mucho —contestó Apolo y dio dos pasos hacia la cama.

Germaine supo que estaba muy cercana la hora de su muerte.

—¡Un momento, Apolo!.. ¡Estoy loca por usted, lo confieso!

—Estupendo. Vendrá conmigo, Germaine.

—¿Adónde?

—Al Olimpo.

—¡No quiero ir al Olimpo a estas horas de la noche!

—Será feliz.

—Tengo mis dudas, Apolo.

—Es una traidora.

El hombre rió otra vez y su lisa sonó a hueca.

Germaine se decidió a saltar por el otro lado de la cama.

Apolo demostró ser muy ágil porque en dos segundos se plantó delante de la joven.

—¿Adónde vas, querida? —la tuteó.

—A lavarme los dientes. De pronto recordé que no me los lavé. ¿No se lo dije? Soy una chica muy olvidadiza.

—Tus dientes son perlas.

—Demonios, qué poético le salió eso.

—Y tu cuello es de cisne.

Germaine se sintió llena de terror. El asesino había estrangulado a dos mujeres. Por eso le gustaba tanto su cuello.

—¿Por qué no se quita los guantes, Apolo? Es de mala educación estar en el dormitorio de una señorita con ellos puestos.

Apolo levantó las manos.

Germaine retrocedió hacia la pared, pero no pudo huir muy lejos porque la pared estaba a su espalda.

Y en aquel momento llamaron a la puerta.

Apolo, que ya había echado a andar otra vez hacia Germaine, se detuvo.

—¿Quién es, Germaine?

—Ahora mismo lo pregunto.

No hizo falta que lo preguntase.

—¿Puedo pasar, señorita Lecleree? —dijo Roger Bernard.

—¡Pase! —gritó Germaine con todas las fuerzas de sus pulmones.

Apolo dio media vuelta y echó a correr hacia la ventana que estaba abierta.

Germaine lo vio desaparecer en pocos segundos, casi al mismo tiempo que entraba Roger.

—¡La ventana, Roger!

El periodista miró a la ventana y dijo:

—¿Algún mirón?

—¡El asesino!

Roger corrió a la ventana y asomó la cabeza mirando a un lado y otro.

—No veo a nadie —contestó volviéndose hacia la joven.

—Estuvo aquí hasta hace un instante.

—¿Se refiere al hombre de la máscara?

—Era Apolo.

—¿Qué ha dicho?

—¡Apolo!.. ¡El dios Apolo!

—¿Se encuentra bien, Germaine?

La joven se apretó las sienes con la mano.

—Claro que no estoy bien... ¿Qué diría usted si el dios Apolo hubiese bajado del Olimpo para estrangularlo?

—Cálmese.

—¿No me cree?

—¿Por qué no voy a creerla?

—Piensa que estoy loca.

—Oh, no, de ninguna forma... Oiga, Germaine, ¿por qué no se viste y nos vamos donde le dije?.. Allí me lo contará todo.

—De acuerdo.

Media hora más tarde se encontraban en un club nocturno. El Gato Negro.

Germaine contó a Roger su encuentro con Apolo.

El periodista la escuchó pensativo y luego dijo:

—Ya podemos llegar a una conclusión.

—¿Cuál?

—La de que nos tenemos que enfrentar con un perturbado mental... Ese hombre está loco.

—¡Y la ha temado conmigo!

—Se libró dos veces de él.

—Pero dicen que a la tercera va la vencida.

Un camarero se acercó.

—¿Señorita Lecleree?

—Soy yo.

—La llaman por teléfono. Cabina número dos.

—Gracias, ahora voy.

El camarero se retiró y Germaine dijo:

—¡Roger, nadie sabía que estamos aquí!

—Será mejor que vayamos a la cabina para saber quién es.

—Me imagino quién pueda ser, y creo que usted lo imagina también.

Fueron a la cabina número dos y Germaine tomó el auricular.

—Soy Germaine Lecleree.

—Otra vez me ha vuelto a traicionar con un hombre —le contestaron.

No se había equivocado. Era Apolo.

—¿Cómo lo sabe usted?

—La seguí.

—Eso está feo, Apolo. Un dios no debe rebajarse a ciertas cosas más propias de hombres ruines.

—Ríase de mí todo lo que quiera.

—No me río.

—Se está divirtiendo a mi costa, pero muy pronto dejará de hacerlo.

—Oiga, Apolo, tiene muchas mujeres a su disposición. Si yo le fallé puede buscarse otra.

—Ya le dije que no consentía que ninguna me engañase. Usted recibirá su castigo. —Entonces le haré una sugerencia. Conviértame en laurel como a Dafne, o en heliotropo como a Clitia.

—La convertiré en una rosa.

—Qué galante.

—En una rosa roja. Después de muerta.

—¡No, Apolo!

Su interlocutor había cortado.

La joven miró a Roger y dijo:

—¿Qué tal quedaría yo como una rosa roja?

—Preciosa —dijo Roger y la besó en los labios con suavidad.

—¡No quiero ser una rosa roja!.. ¡Estaré demasiada manchada de sangre! —exclamó Germaine y se colgó del cuello de Roger.

Roger sólo hizo que aumentar la presión del beso, para lo cual estrechó contra sí a Germaine.

Capítulo IX

—Y A sé quién es el asesino, comisario —dijo Roger Bernard.

El comisario se encontraba en su despacho, en compañía de sus dos más inmediatos colaboradores, los inspectores Maxime Dupont y Julien Arnaud.

—Adelante, Roger —contestó el comisario—. Siempre he dicho que es usted un hombre brillante. ¿Quién es el asesino?

—Apolo.

—¿Apolo qué más?

—Simplemente eso, Apolo.

—¿Y dónde está Apolo?

—En el Olimpo.

El comisario Trinquer se puso una mano en la cara. Miró a sus dos inspectores y los vio con la boca abierta.

—¿Qué os parece, muchachos? Nosotros calentándonos la cabeza porque aparecieron dos mujeres estranguladas, y resulta que teníamos la solución ante nuestras narices. ¿Cómo no lo pensamos antes? ¡Estaba claro! ¡El asesino era el dios Apolo!

—Naturalmente, comisario —asintió Maxime—. El dios Apolo estaba demasiado aburrido en el Olimpo y decidió darse una vuelta por la tierra.

Julien Arnaud se pegó una palmada en la frente.

—¡Si era la mar de sencillo! Ahora sólo tenemos que llegamos al Olimpo y esposar al dios Apolo. Pero hay un problema, comisario. ¿Cómo lo traemos hasta la celda? ¿Con caballos de fuego o con algún dragoncito?

El comisario Trinquer pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Roger! —gritó—. ¿Qué se ha propuesto al colocamos esa historia?

—Sólo quería aclararle que el asesino está loco. Lo de Apolo no lo inventé yo. Es cosa absolutamente suya.

—¿Se lo dijo él?

—El asesino habló con Germaine Lecleree.

A continuación, Roger repitió la historia que la joven le había contado.

Cuando hubo terminado, el comisario se metió en la boca un

caramelo de menta. —¿Usted ha creído todo eso, Roger?

—¿Por qué no había de creerlo?

—Es usted un ingenuo, faceta que desconocía en usted. Ha creído en lo primero que le ha contado una muchacha que está como una cabra.

—El que está como una cabra es el asesino.

—Tengo mis dudas.

—Hay algo en favor de la historia de Germaine Lecleree.

—¿Qué cosa?

—Las dos víctimas, Valerie Berenger y Lucie Sadoul. No estaban relacionadas entre sí. Ni siquiera se conocían. Como ya lo ha oído, Apolo mata porque una mujer lo ha traicionado... Valerie Berenger era una recién casada.

—Y, según Apolo, no debió casarse.

—Exacto, comisario.

—Y la segunda víctima, Lucie Sadoul, también traicionó a Apolo porque iba a tener un hijo de Xavier Guisol.

—Lo comprendió muy bien, comisario.

—¿Y por qué quiere matar a Germaine Lecleree?

—Porque se va a casar con el conde Zabasky.

—Es la fábula más descabellada que he oído en mi vida.

—Celebro que haya dicho eso porque prueba que el asesino está loco.

—Sólo falta que diga cómo debemos cazarlo.

—Eso no lo sé.

—¿Qué les parece, muchachos? El señor periodista todavía no ha tenido la idea maravillosa de cómo atrapar al asesino de la Riviera.

—Eso lo dejo para ustedes. Al fin y al cabo, son policías —dijo Roger y salió del despacho del comisario Trinquet.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Julien Arnaud se echó a reír.

—Ha querido tomarnos el pelo, comisario.

—Lo mismo opino yo —dijo Maxime.

El comisario negó con la cabeza.

—No, no creo que sea una trampa de Roger. La historia es demasiado simple, pero encaja. Muchachos, Roger Bernard acertó. Tenemos que capturar a un perturbado mental.

* * *

Pierre Lamorise tenía en sus manos una fotografía de Sofía Loren.

—Eres hermosa, Sofía —dijo—. Y de buena gana iría contigo esta noche a cenar. Pero estás muy lejos de mí. Demasiado lejos.

La actriz italiana aparecía en la fotografía con un escotado vestido de

noche.

—Tienes esposo, Sofía, y eres admirada por muchos hombres. ¿Quién estará contigo esta noche? ¿Quién será el bastardo que ocupe mi lugar?

Lamorise rompió la fotografía con rabia, dejando caer los trozos en el suelo

Su respiración se había hecho entrecortada.

Cogió otra fotografía de la maleta. Era también una actriz de cine, Elizabeth Taylor.

—Mi querida Elizabeth —dijo—, qué adorable... Eres una de las mujeres más maravillosas del mundo. Me gusta tu mirada lánguida, tu cabello negro. Muchas noches he soñado con acariciar tu piel y tener entre mis manos tu cuello. Porque posees un cuello maravilloso. Yo sería muy feliz y también te haría a ti muy feliz. Pero me engañas, me traicionas...

Rompió también la fotografía de Elizabeth Taylor y se puso a sollozar.

* * *

Raymond Lefevre estaba peinándose frente al espejo mientras cantaba.

Pero lo hacía con voz atiplada.

Llamaron a su cuarto.

—¿Quién es?

—Margaret.

Era una camarera nueva.

Lefevre le abrió la puerta.

Margaret era bonita, rubia, de ojos verdes.

—¿Estás solo, Raymond?

—Sí.

—¿Puedo pasar?

—Entra.

Margaret se deslizó en el cuarto y cerró tras de sí.

—¿Qué quieres, Margaret?

Ella sonrió.

—¿No lo comprendes?

Los ojos de Raymond llamearon.

—Te gusto, ¿eh, Margaret?

—Sí, mucho.

—Lárgate.

—¿Cómo?

—¡He dicho que te largues!

—Me he enamorado de ti, Raymond.

—Ya lo supongo.

Ella le echó los brazos al cuello y entreabrió su boca para que él la besara. Sin embargo, Raymond la rechazó alejándola violentamente.

—¡Fuera!

—¡Raymond!

—¡He dicho que te marches!

—Yo creí que también me querías.

—¿Por qué lo creíste?

—Por la forma en que me mirabas.

—¿Eso fue lo que leíste en mis ojos?.. Eres una pobre imbécil. Cuando te miraba no era para transmitirte un mensaje de amor... Eres bonita, pero conmigo no tienes nada que hacer... Odio a todas las que son como tú...

La joven dio media vuelta y salió corriendo de la habitación de Lefevre.

El camarero, al quedar a solas, apretó los puños hasta que sus nudillos se tomaron blancos. Sus ojos se fueron agrandando poco a poco y sus dientes empezaron a rechinar...

* * *

Paul Bachelet estaba sentado en el despacho de la dilección, aprovechando la ausencia de Charles Vauthier.

Tenía un libro entre las manos. Su título era: *Mitología griega*.

Abrióse la puerta y entró una de las recepcionistas, la más hermosa de todas Giselle Duval.

—¿Molesto? —dijo ella con una caída de ojos.

—Tú nunca molestas —contestó Bachelet, que ya había apartado los ojos del libro y los tenía fijos en la esbelta joven.

Giselle era de grandes ojos negros y cutis muy moreno porque se sometía a largos baños de sol en las playas de la Riviera.

Con la mayor naturalidad, se acercó a Bachelet.

—Te he echado de manos, Paul.

—Yo a ti también, Giselle.

—Paul, he venido a darte la noticia bomba.

—¿Cuál?

—Tengo un pretendiente. Alguien quiere mi linda mano, convertirme en su esposa. Paul entornó los —ojos hasta convertirlos en rendijas fosforescentes.

—¿Quién es él?

—Nada menos que un lord inglés.

—Un aristócrata, ¿eh?

—De los pies a la cabeza. Y con un árbol genealógico que arranca desde los tiempos de Juan Sin Tierra.

—Sin cabeza.

—¿Cómo?

—Que debería estar sin cabeza, querida.

—¿Estás celoso, cariño?

—Mucho.

—¿Y qué harás con tu gatita? —dijo ella y lo besó en la nariz.

El libro de mitología griega cayó al suelo. Las manos de Paul Bachelet agarraron el cuello de Giselle.

Ella rió.

—Pareces Otelo, amor mío.

—Otelo, estranguló a Desdémona.

—Pero tú no me estrangularás a mí.

—¿Qué ha habido entre ese lord inglés y tú, Giselle?

—Los ingleses son muy correctos, Paul.

—Contesta a mi pregunta.

—No ha habido nada entre él y yo. Sólo palabras.

—¿Estás segura?

—¿Quieres que te lo jure por la memoria de mi madre?

—Nunca creo en los juramentos de las mujeres.

—Sólo quería pedirte permiso.

—¿Para qué?

—Para casarme con el lord.

Las manos de Paul apretaron el cuello de Giselle.

—Cuidado, Paul, me haces daño.

—Instintivamente he querido romperte el cuello.

—Cariño, es lo mejor para nosotros. Tendremos mucho dinero.

—¿Tendremos?

—Tú y yo. Se me olvidó decirte que el lord tiene setenta años. No durará mucho. ¿Te das cuenta del panorama, Paul? Muy pronto me convertiré en una linda viudita... ¿Qué tal me sentará el luto? ¿No crees que estaré muy atractiva?

—Esos viejos aristócratas duran mucho. Inglaterra está plagada de lords con más de ochenta años.

—No digas eso, Paul. Mi lord está muy achacoso. Es una verdadera birria de hombre y tiene una afición. Monta a caballo. Esa es una posibilidad más a nuestro favor. Cualquier día resbalará de la montura y se romperá la crisma.

—No me seduce la idea de perderte, aunque sea por poco tiempo. Te apartarás de mi lado. Te irás a Inglaterra.

—Eres un tonto. Tengo a mi lord en el bolsillo. Con eso quiero

decirte que lo engatusaré para que vivamos en la Riviera. ¿Lo oyes, amor mío? Tu gatita no se apartará de tu lado... Y bastará un maullido tuyo para que se reúna contigo,

—Oh, Paul, se me hizo tarde. Debería estar ya con el lord. Me está esperando. Le diré que estoy de acuerdo en convertirme en una lady. ¿Trato hecho, amor mío? La voz de Paul sonó muy ronca.

—Sí, Giselle.

Capítulo X

EL conde Zabasky entró en la habitación de Germaine Leclere.

Ella estaba poniéndose un sweter rojo.

—¿Por qué no llamaste antes de entrar, Janos?

—Quería sorprenderte y ya lo conseguí.

—Los hombres sois la mar de extraños.

—Lo misterioso siempre ha sido lo más atractivo. Ella se estiró el sweter.

—Se acabó el misterio —dijo.

El conde sonrió.

—Sigues siendo misteriosa y ya estoy deseando que te descubras ante mí.

—Entonces, me voy a revelar tal como soy.

—Una maravillosa idea.

—No te quiero, Janos.

El conde arrugó el ceño.

—¿Qué es lo que has dicho, Germaine?

—Que no te quiero... Todo fue un espejismo... Me he dado cuenta ahora, en Niza. Perdóname, Janos.

El conde parpadeó.

—¿A qué viene esa broma, Germaine?

—No, Janos, no lo es... Yo tampoco sabía la verdad. Necesité alojarme en este hotel para comprenderlo.

El rostro del conde se atirantó.

—Creo que comprendo.

—Me alegro mucho. Sabía que eras comprensivo.

—No sabes lo que quiero decir, Germaine. Me estaba refiriendo a Roger Bernard, a ese periodista de tres al cuarto.

—No mezcles a Roger en esto.

—Conque ya lo llamas Roger y tú no quieres que lo mezcle.

—Sólo es un hombre que me resulta simpático.

—No te engañes a ti misma, Germaine. Él ha sido la causa de que, de pronto, te hayas dado cuenta de que lo que sentías por mí era un espejismo.

—Por favor, Janos, no hagas esto más doloroso.

—Y ahora pones en marcha el melodrama.

—¡No pongo en marcha nada! He dicho que quería sincerarme contigo y es lo que estoy haciendo... ¿Preferías acaso que me casase contigo sin amarte? Eso habría sido una monstruosidad por mi parte.

—Me tomas por un cualquiera.

—No, Janos, no eres un cualquiera para mí.

—Piensas que a un hombre como yo se le puede tomar o dejar a capricho.

—No existe nada de eso.

—¡Es lo que has hecho! ¡Pero no lo voy a consentir!

—¿Que no lo vas a consentir?

—Te juro que no.

—Ahora soy yo quien no te entiende a ti, Janos. Pero sé que lo podríamos arreglar amistosamente.

—A tu gusto, claro.

—Y al tuyo. No puedes consentir casarte con una mujer que no te quiere.

—Soy yo quien elige.

—¿Y por qué tú? Yo también tengo derecho a elegir,

—Oh, sí, las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres.

—Nos ha costado siglos conseguirlo, pero ya lo logramos.

—¡No dirás tú la última palabra! —repuso Janos y salió precipitadamente de la estancia.

La joven permaneció inmóvil. Estaba nerviosa. Aquel viaje a Niza no había resultado todo lo feliz que ella imaginaba. ¿O debía decir que, por el contrario, había sido el viaje más feliz de su vida?

Llamaron a la puerta.

Pensó que era otra vez Janos. Volvía para pedirle perdón.

—Adelante —dijo.

Entró Roger Bernard.

—¿Qué le pasa a tu prometido, Germaine? Me lo encontré en el corredor. Si las miradas fulminasen, yo estaría convertido en polvo.

—Acabo de romper mi compromiso con él.

—Bravo.

—Tú eres el culpable, Roger.

Roger enarcó las cejas.

—¿Me metiste a mí por medio?

—No, no fui yo. Fue Janos quien te metió y en ese aspecto no fui fiel conmigo misma. Negué que fueses el responsable.

Roger sonrió caminando hacia la joven. Al llegar a su lado la rodeó por la cintura.

Se dispuso a besarla, pero Germaine apartó la cara.

—No quiero que me beses, Roger.

—Lo estás deseando como yo.

—Muy bien, lo estoy deseando, pero no permitiré que lo hagas.

—¿Y por qué no? Hay que dar rienda suelta al instinto.

—Roger, acabo de perder un marido.

—No sabes lo qué ganaste.

—Yo quiero ganar otro.

—¿Te refieres a otro... marido?

—Naturalmente.

Roger se pasó el dedo por el cuello de la camisa, como si lo sintiese estrecho.

—Oye, Germaine... Estás muy belicosa esta mañana.

Germaine se apartó de él.

—¡Vete, Roger!

—¿Adónde?

—¡Al diablo!

—He venido para invitarte a almorzar, Germaine.

—No quiero almorzar contigo. ¡Ni merendar, ni cenar!

—¿Prefieres el desayuno?

—¡Prefiero romperte la cabeza!

—Yo no te gustaría con la cabeza rota.

—No me gustas de ninguna forma y ya te estás marchando de aquí.

—Germaine, quiero protegerte de Apolo.

—¡Y yo quiero protegerme de ti!

—No soy un asesino.

—No, no lo eres... Pero no sé quién de los dos es peor. Apolo está loco con su manía de matar a la mujer que supuestamente lo traicionan, y tú te dedicas a quitarle las esposas a los demás.

—Perdona, Germaine, pero no estás en lo cierto. Yo no quito la esposa a nadie. Para mí el matrimonio es sagrado.

—Yo me iba a casar.

—Pero no estás casada.

—¡Sal de aquí ahora mismo o te tiro algo a la cabeza!

—Y duro con la cabeza. ¿No puedes romperme otra cosa?

Ella levantó la barbilla y exclamó con solemnidad:

—Hemos terminado, Roger.

—¿Por qué no me escuchas un momento?

—¡Ya te escuché bastante!

—Tú me gustas mucho, Germaine. No sabes cuánto. Pero tengo que acostumbrarme un poco a la idea.

—¿Quieres decir acostumbrarte a la idea de que te vas a casar conmigo?

—Sí, claro.

—Como si yo fuese un monstruo.

—Eres el monstruo más adorable que he conocido en mi vida... Te lo aseguro.

—¡Ahora es cuando te rompo la cabeza o lo que primero pille!

La joven se dirigió hacia el tocador y cogió un jarrón

—Está bien, está bien, ya me voy, Germaine. Pero me echarás de menos.

—¡Nunca!

—Ya me lo dirás si te visita Apolo —contestó Roger y salió de la habitación.

Germaine conservó el jarrón en las manos.

Sonó el timbre del teléfono, y recibió tal sobresalto que el jarrón se le cayó haciéndose pedazos.

—Diga —habló por el auricular.

—Querida, sólo quería decirte una cosa. Que la próxima vez no te vas a escapar.

Era Apolo y ya había colgado.

—¡Roger! —gritó Germaine.

El periodista debía de estar ya muy lejos porque no regresó.

Capítulo XI

GISELLE Duval estaba muy satisfecha de su encuentro con el lord.

Todo había salido como ella había imaginado. Se casarían a la semana siguiente en un pueblecito de Inglaterra.

El anciano había tragado el anzuelo porque ella era un cebo apetitoso.

Se vio reflejada en el espejo y sonrió a su imagen. Dijo en voz alta:

—Giselle, vas a tener todo lo que deseabas. ¿Te acuerdas de cuando eras una chiquilla? No tenías ni para comprarte zapatos nuevos. ¿Cuántas lavadas tenías que hacer a tu vestido? Juraste que triunfarías y vas a triunfar.

Se estaba cambiando de ropa en la habitación destinada a las recepcionistas del gran hotel Nacional.

Acababa de tomar una ducha y se había puesto un albornoz. Tenía que cortarse las uñas de los pies.

—Giselle —prosiguió mirándose en el espejo—, vas a producir un gran efecto entre la rancia aristocracia inglesa... Pero tú lo mereces todo. Has sabido hacer las cosas como se deben hacer.

—Yo no diría eso —dijo una voz a su espalda.

Giselle soltó un grito. No necesitó volverse porque lo vio en el espejo. Allí, en el fondo de la habitación, había un hombre.

Recordó los asesinatos, las mujeres que habían muerto estranguladas.

Aquel hombre que veía en el espejo era muy extraño. Se cubría con una máscara.

—¿Cómo ha entrado aquí?

—Por la puerta.

—No lo sentí llegar.

—Estabas demasiado distraída hablando contigo misma.

—¿Qué quiere?

—Pasar un rato contigo... Es preferible que hables conmigo a que hables con tu imagen.

—Prefiero hablar con el espejo.

—No sabes lo que dices. Te tomarían por loca, Giselle.

—Pero, ¿quién es usted?

—El engañado, el traicionado.

—¿Quién lo engañó?

—Tú.

—¿Yo?

—Sí, tú, Giselle.

—Pero, ¿de qué habla? Yo no lo conozco a usted. ¡Quítese la máscara!

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Un ser mortal no puede ver a un dios.

—¿Usted es... un dios?

—Sí, Giselle. Yo soy Apolo, el dios del que se enamoran todas las mujeres, porque soy el más hermoso que existe.

La bella recepcionista cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

No, no era una pesadilla. Allí, en el fondo de la estancia, seguía su visitante, el cual echó a andar hacia ella.

—¡Deténgase! —gritó Giselle.

Apolo se detuvo.

—Oiga, —dijo Giselle—, creo que sé lo que le pasa. Usted se encontraba en un baile de disfraces, pero se aburría y decidió embromar a alguien...

—No, Giselle.

—Entonces, ¿por qué me eligió a mí?

—Ya te lo dije. Porque me has traicionado.

—¡No se puede traicionar a nadie que no se conoce!

—Todas las mujeres conocéis a Apolo.

—Yo no.

—Tú también.

El hombre de la máscara continuó andando hacia Giselle. Ella trató de alejarse, pero no lo consiguió porque sus caderas golpearon contra el tocador.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Giselle con la voz temblorosa.

—Justicia.

—¿A qué llama justicia?

—Te quitaré tu vida terrenal.

—¿Se refiere a matarme?

—A lo que vosotros llamáis muerte.

—¡Oh, no!

—Pero tendrás otra vida.

—¡Me conformo con la que tengo!

—Has sido elegida por mí, y yo seré quien decida.

—¡No, por favor!.. ¡No!

—Te llevaré al Olimpo. Allí estarás con todas mis mujeres.

—Si ya tiene a tantas, ¿para qué me necesita a mí?

—Todas debéis estar conmigo. Todas las que sois hermosas, bellas, seductoras. Apolo ya estaba al lado de Giselle.

La joven utilizó el cortaúñas para clavarlo en la máscara.

Pero él se dio mucha prisa en atraparla por la muñeca.

—¿Qué ibas a hacer, Giselle?

—Sólo defenderme.

—Ibas a matar a tu esposo.

—¡Usted no es mi esposo!

—Lo soy porque puse mis ojos en ti.

—¿Cuándo? Yo nunca reparé en usted.

—¿Qué importa cuándo? El tiempo no existe para mí Soy eterno.

—Usted está loco.

—¡No digas eso, Giselle!

—¡Márchese y no me oirá!

—Me iré enseguida. Nos esperan en el Olimpo. Las demás mujeres nos han preparado una fiesta.

—No quiero ir a esa fiesta.

—No puedes defraudar a Dafne, a Climene, a Diomeda, a Herófila, a Clitia... Ellas han hecho muchos adornos para festejarte... Fueron al Jardín de las Hespérides y arrancaron pámpanos y han hecho coronas. Una será para ti y otra para mí.

—¡No quiero ser coronada!

—Lo serás, cariño. ¿Recuerdas lo qué le decías al espejo? Que ibas a triunfar porque serías la esposa de un lord... Pero tu triunfo será mucho más grande porque vas a ser la esposa de un dios.

—¡Sólo quiero ser la esposa de un lord!

—No, amor mío.

Giselle trató de escapar, pero aquel hombre la cogió por los brazos y la impulsó contra el tocador.

La recepcionista del hotel Nacional se dobló en dos.

Quiso gritar, pero Apolo se lo impidió atenazándola por el cuello.

—¡No grites, maldita!

Giselle comprendió que nunca sería la mujer de un lord y que tampoco volvería a tener a Paul Bachelet.

* * *

El comisario Trinquet soltó un gruñido.

—Y van tres.

El inspector Maxime Dupont puntualizó.

—Dos en este hotel y la otra en el motel Dakota.

—Dime ahora que el asesino pertenece a la industria hotelera.

—¿Por qué no? Podría ser un caso de competencia desleal.

—¡No estoy para chistes, Maxime!

El inspector Julien Arnaud intervino:

—Comisario, no irá a admitir que fue cosa del dios Apolo.

—Sabemos que no se trata de un dios, sino de un vulgar asesino.

Roger Bernard entró en la habitación. Echó una mirada al cadáver que estaba siendo examinado por el doctor Picart.

—Mala suerte para usted, comisario —dijo.

—Y buena para usted, Roger. Seguirá manchando papeles con su tinta.

—No diga eso, comisario. Mi deseo es que el asesino sea capturado cuanto antes.

—Me emocionan sus buenos sentimientos.

—Ya sabe que colaboro con la policía.

—¿Desde cuándo?

—Desde que era pequeño.

El comisario le enseñó los dientes como si fuese a pegarle un mordisco.

—¿Espera que lo crea?

—¿Quiere que le conteste con sinceridad?

—Hágalo, aunque le cueste un esfuerzo.

—No, comisario, no espero que me crea, pero la verdad siempre se abre paso. Usted terminará por admitir que no le he mentado. Que todos mis esfuerzos están encaminados a que usted solucione el caso.

—No siga o me hará llorar.

El doctor Picart se aproximó y dio un suspiro.

—No hace falta que le diga nada, ¿verdad, comisario?

—Lo mismo que las otras.

—Yo juraría que han sido las mismas manos.

—Doctor, me emociona. No siga por ese camino o me quitará el puesto.

—¿Qué le pasa?.. ¿Por qué está de tan mal genio?

—¿Y lo pregunta, doctor? Tenemos un asesino en la Riviera. Un estrangulador. Ya tiene tres víctimas en su haber, y para eso le bastó un par de días, y no tenemos una condenada pista para echarle mano... ¿Me pregunta otra vez por qué estoy de mal genio?

—Le diré algo para levantarle los ánimos.

—Hable, doctor.

—El asesino odia a las mujeres.

—No me diga.

—Siempre mató a mujeres.

—Con que mujeres, ¿eh, doctor? —repuso el comisario con sorna—. Claro, usted tiene una ventaja sobre nosotros. Examina a las víctimas mejor. Enhorabuena, doctor. Gracias, doctor.

—¿Me puedo ir ya, comisario? —le contestó Picart con la misma ironía.

—Sí.

—Qué amable es usted, comisario. Ya sabe, si me necesita no tiene más que llamarme, comisario.

El doctor Picart, con su maletín en la mano, desapareció del cuarto.

—Hágase humo también, Bernard —chilló Trinquet. —¿Está seguro de que no necesita mi colaboración?

—Si yo necesitase su colaboración, me pondría una cuerda al cuello y me tiraría al mar.

Bernard sonrió mientras se encaminaba hacia la puerta.

—Vaya eligiendo sitio para tirarse, comisario.

Capítulo XII

ROGER se sentó en un taburete del bar del hotel.

El camarero André Petitot vino por el otro lado.

—Un día movidito, eh, señor Bernard.

—Sí, por lo visto en este hotel no se privan de nada.

—¿Qué le sirvo?

—Un whisky.

—Enseguida.

—Que sea doble.

—Sí, señor.

El camarero sirvió el whisky y Roger, después de beber un trago, inquirió:

—¿Qué opinión tenía de Giselle Duval?

—Una hermosa chica.

—Sí, eso ya lo vi.

—Usted se refiere a lo otro.

—A su carácter, a su forma de ser, a su comportamiento.

—Era una chica como otras muchas, con la cabeza llena de pájaros.

Bastante calculadora.

—¿Por qué?

—Tenía una gran dureza, pero son cosas de la vida, señor Bernard.

La chica era de procedencia humilde. Pasó mucho durante su niñez.

Eran ocho de familia. Seis hermanos y los padres.

—¿Y dónde está la familia?

—En París. Giselle vino aquí hace cosa de un año.

—¿Novio?

—Muchos.

—¿Qué quiere decir?

—Que pescaba lo que podía, usted ya me entiende.

—¿Huéspedes?

—Sí, claro, pero Giselle era muy discreta. Como debe ser una empleada del hotel. Para mucha gente, podía pasar desapercibida. Pero no para mí. Al fin y al cabo, yo también soy del gremio.

—¿No se relacionaba con algún empleado?

—No me gustaría decirlo.

—¿Por qué no?

—Porque usted me podría acarrear disgustos. Y uno tiene sus responsabilidades.

—Oh, sí, cuatro hijos.

—Y todos menores de diez años, señor Bernard. Cuatro bocas pidiendo pan.

—Y pidiendo zapatos.

—Usted es muy comprensivo.

Roger sacó un fajo de billetes y alargó unos cuantos a André, el cual, después de echar una ojeada al dinero, lo guardó en el bolsillo.

—Paul Bachelet.

—¿Quiere decir que ella y él se entendían?

—Así es, señor Bernard.

—¿Está seguro?

—Claro que lo estoy.

—Gracias.

—Eh, no me irá a descubrir.

—No se preocupe. Tendré en cuenta sus cuatro bocas que piden pan y zapatos. Roger saltó del taburete.

Germaine llegó corriendo junto a él.

—Roger ¿es verdad que han asesinado a otra mujer?

—Sí, A una empleada del hotel, Giselle Duval.

—Oh, no —dijo Germaine.

—Es cierto —dijo Roger y continuó su camino alejándose de la joven.

No vio a Paul Bachelet en la recepción y se dirigió al despacho del director. Abrió la puerta sin esperar la autorización.

Bachelet estaba allí en compañía de Charles Vauthier.

El director gritaba y por eso no se habían dado cuenta de su llegada.

—¡Esto no puede seguir así, Paul!.. ¡Vamos a perder la clientela!
¡Estos dos asesinatos pueden ser nuestra ruina!

—La policía trabaja activamente.

—Pero no tiene ninguna pista.

Roger dejó, oír su voz.

—¿Cómo sabe que no tienen ninguna pista, señor Vauthier?

—¿Quién es usted?.. ¿Qué hace aquí?

—¿Me presenta, Bachelet?

—Es Roger Bernard, periodista de *Le Matin*, señor Vauthier. Ya estuvo aquí cuando el primer asesinato.

Vauthier se puso rojo.

—¡Salga de aquí, Bernard!

—Será mejor que me escuche, Vauthier.

—Haré declaraciones a la Prensa más tarde.

—Mis colegas todavía no llegaron, señor Vauthier será mejor que hablemos los tres.

—Ni lo piense.

—Si lo que le preocupa es la publicidad, tiene mi palabra de que no me ensañaré con el hotel Nacional. Sólo me interesa descubrir el asesino.

—¿Por qué?

—Porque ya ha matado a demasiada gente, y, si no se le detiene, continuará matando.

El director sacó el pañuelo y lo pasó por la frente.

Paul Bachelet exclamó:

—¡No colabore con este periodista, señor Vauthier! Estoy seguro de que nos pegará la puñalada por la espalda.

—¿Y qué debo hacer según usted, Paul?

—Ordene que le echen a la calle.

—No le haga caso, Vauthier —dijo Roger.

Bachelet le gritó apuntándole con el dedo.

—¡Es usted un entrometido!

—¿Por qué? ¿Por qué quiero desenmascarar al culpable?

—Porque no deja a nadie en paz desde que llegó.

—¿Y eso le molesta?

—Soy el jefe de recepción y debo velar porque el servicio esté a la altura de la fama de nuestro hotel.

—Pues no valen de nada sus esfuerzos. La fama de este hotel está quedando muy mal. Yo hago mucho más que usted en ese sentido. Es cierto que he interrogado a muchas personas, empleados y huéspedes, pero no lo hice por un deseo morboso de perjudicarles. Todo lo contrario mis actos estaban encaminados a un mismo fin. El de impedir que continúen los asesinatos. Vauthier hinchó los pulmones de aire.

—Me ha convencido, señor Bernard.

—¡A mí no! —gritó Bachelet.

—¿Quizá porque tiene algo que esconder? —sugirió Roger.

—¿Qué es lo que ha dicho, Bernard?

—Parece que tenga usted miedo de que yo investigue.

—Sólo lo considero como una molestia para nosotros. ¡Por eso quiero que desaparezca cuanto antes!

—¿También era Giselle para usted una molestia?

—¿De qué habla?

—De la última víctima. Giselle Duval.

—¿Qué trata de insinuar?

—Estuve en el cuarto de Giselle y descubrí algo que por ahora he

guardado para mí. No quise decírselo a la policía —Roger estaba mintiendo. No había descubierto nada, pero, teniendo en cuenta la forma en que Bachelet procedía, no tenía más remedio que arriesgarse.

—¿Qué es lo que descubrió, Bernard?

—Algo que lo coloca a usted en muy mala situación. Para mí todo quedó claro. Usted y Giselle...

—No continúe...

—Debo continuar.

Roger miró a Vauthier y éste exclamó.

—¡Prosiga, señor Bernard!

Paul había perdido toda su belicosidad en pocos segundos. Parecía un globo que se estuviese deshinchando.

—Su jefe de recepción y Giselle tenían relaciones íntimas, señor Vauthier.

—¿Es eso cierto, Paul?

—Verá, señor director...

—¡Conteste si o no y déjese de rodeos!

—Sí, es verdad.

—¿Cómo ha podido cometer tal estupidez, Paul?

—Me enamoré de Giselle.

—Y al parecer lo hizo como un colegial.

—Giselle me correspondía. Nos habríamos casado.

Roger intervino:

—Algo pasó entre ustedes que pulverizó esa boda.

—No, no pasó nada.

—Yo pienso lo contrario y será mejor que lo diga.

—¡Le digo que no pasó nada!

En aquel momento se abrió la puerta, y apareció un anciano elegante, con un monóculo en el ojo derecho.

—Caballeros, soy lord Stanley, el huésped de la habitación 524.

Vauthier se levantó de un salto.

—A sus órdenes, lord Stanley. Soy Charles Vauthier, el director del hotel. —Acabo de informarme de la muerte de Giselle Duval. Ella y yo estábamos prometidos. Nos íbamos a casar la semana próxima. Caballeros, esto me ha producido un gran dolor. Quiero llevar a cabo todas las formalidades necesarias para trasladar el cadáver de Giselle a Inglaterra. Al propio tiempo, y dadas las circunstancias de su muerte, quiero ofrecer una recompensa de dos mil libras esterlinas a la persona que contribuya a la captura del asesino.

Sus oyentes se habían quedado de piedra.

El primero en reaccionar fue Roger.

—¿Qué dice ahora, Paul?

El jefe de recepción se dejó caer en un sillón mientras murmuraba.
—¡Yo no la maté!.. ¡No maté a Giselle!.. ¡Yo la quería!

Capítulo XIII

EL comisario Trinquer estaba sentado frente a Paul Bachelet.

—Lo ha explicado todo muy bien, señor Bachelet. Agradezco su colaboración. Ahora sólo tiene que confesar que usted mató a Giselle Duval porque no pudo resistir la idea de que ella le abandonase por otro hombre.

—¡No lo hice!... ¡No lo hice!

Maxime se inclinó sobre el hombre al que interrogaban.

—Usted mató a las otras dos mujeres.

—¡Yo no maté a nadie!

—¿Por qué no confiesa? Tenemos todas las pruebas.

—¿Qué pruebas?

Maxime no pudo contestar.

El otro inspector, Julien Arnaud, pasó a ocupar el puesto de acusador.

—Oiga, señor Bachelet. Nos hacemos cargo de lo que le pasaba. Giselle Duval se iba a apartar de su lado. Eso hizo nacer en usted un gran odio contra ella y contra el resto de las mujeres. Pero no quería matar a Giselle. Ella significaba todavía mucho para usted... Por eso mató a las otras dos, Valerie Berenguer y a Lucie Sadoul.

—¡No!

—Es lógico que lo hiciese. Cada vez que mataba a una de las otras, mataba a Giselle.

—Si, yo hubiese pensado así, hubiese matado a Giselle. Sólo a Giselle.

—Es lo que usted pensó desde el principio pero no se sentía con bastante coraje. Es la razón de que suplantase a Giselle con Valerie y con Lucie.

En aquel momento entró en la habitación. Frangois, el compañero de Roger.

El comisario gritó.

—¿Otro periodista de *Le Matin*? ¡Ya tengo bastante con uno!.. ¡Fuera! Frangois hizo una señal a Roger.

Los dos salieron del despacho del director.

—¿Qué pasa, Frangois?

Roger había recibido informes de Frangois y de Raoul acerca de los empleados del hotel. Tales noticias no le habían servido de nada.

Pero existía un personaje sobre el que Frangois y Raoul no habían podido informarle. El banquero Claude Gaillard.

—Agárrate, porque te vas a caer de espaldas, Roger.

—Estoy agarrado —contestó Bernard cogiendo el tirador de la puerta.

—Se trata de Claude Gaillard. Ya lo localicé.

—¿Y dónde está?

—Aquí, en Niza, y en este hotel.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace tres días.

—Pero tú echaste una mirada al registro.

—Sí, y no se me pasó por alto el nombre de Claude Gaillard. Pero todo en este mundo tiene una explicación,

—Nombre supuesto.

—Sí, Roger.

—¿Cuál?

—Yves Chabrol, habitación 387. Lo supe por una agencia de viajes de Ginebra. —Buen trabajo, muchacho.

—¿Te acompaño?

—No, espera aquí. Quiero que los policías sigan viendo a alguien de *Le Matin* por las cercanías.

Roger subió en el ascensor y llamó en la puerta 387.

Le abrió un hombre de unos cincuenta años, robusto, de cabeza redonda. Se cubría los ojos con gafas oscuras.

—¿Señor Chabrol?

—Sí.

—Soy Roger Bernard, periodista de *Le Matin*, de Niza.

—¿Y qué quiere?

—Estoy haciendo una encuesta.

—Perdone, pero no tengo tiempo para encuestas.

—No se trata de preguntarle sobre el clima de Niza, El tema es mucho más interesante... Valerie.

—¿Valerie?.. ¿Quién es Valerie?

Roger exhaló el aire.

—Su nombre completo de soltera era Valerie Legrand. Y el dé casada Valerie Berenger.

Su interlocutor no dijo nada.

—¿Puedo pasar ahora? —sonrió Roger.

—Sí, pase.

Roger entró en la habitación.

—¿Qué sabe de mí, señor Bernard?

—Todo.

—¿Qué quiere decir todo?

—En primer lugar, bajo el nombre de Yves Chabrol, esconde su verdadera personalidad. Claude Gaillard, banquero.

—Imagino que no puedo negarlo.

—No.

—Está bien, señor Bernard. Soy Claude Gaillard. ¿Qué quiere?

—¿Sabe que murió Valerie?

—Sí.

—Lo debe haber sentido mucho.

—Muchísimo, pero no espero que me crea.

—Hace usted bien en no esperarlo.

El banquero esbozó una sonrisa.

—Aún le puedo decir más, señor Bernard. Usted piensa que yo maté a Valerie.

—Posee una estupenda bola de cristal. Pero se quedó corto. Hubo otras dos mujeres muertas.

—¿Y yo maté a las tres?

—Ni una más ni una menos.

—Cuánto siento decepcionarle, Bernard.

—¿De veras lo siente?

—Imagino que usted ha venido aquí en busca de un reportaje sensacional.

—Y del asesino.

—Una cosa incluye la otra, ¿verdad, señor Bernard?

—Desde luego. Y yo voy a conseguir las dos cosas.

—No, señor Bernard. Aquí no se hospeda el asesino. Me refiero naturalmente a esta habitación, a la 387.

—Le voy a hacer una advertencia, señor Gaillard. La policía llegará de un momento a otro. Quisiera la exclusiva de sus declaraciones. Puedo hacer un buen trato económico con usted. Sus herederos podrán recibir una buena cantidad de dinero.

—Habla de dinero porque supone que yo iré a la guillotina.

—Sí, señor Gaillard. Y apuesto a que no tardan mucho tiempo en ponerle la cuchilla al cuello.

—Admiro que está todo en mi contra. Pero no tengo nada que ver con esas muertes...

—Su historia debe ser muy emocionante.

—Usted tiene en cuenta que yo he utilizado otro nombre para hospedarme en el hotel Nacional. Existe una explicación.

—Adelante, señor Gaillard. Dígala. Siempre me han gustado los

fabulistas.

—Me encuentro en una difícil situación económica. Mi Banco está a punto de quebrar. He venido a Niza para salvarme de la ruina. Hace tres días debía reunirme aquí con un importante financiero americano, pero él me mandó un telegrama diciendo que se retrasaría hasta mañana. Sus ocupaciones lo retendrían hasta entonces en Nueva York... Salí de Ginebra sin decir a nadie donde me dirigía. Un grupo de acreedores me concedió una opción de una semana para que consiguiese el dinero que necesito, muchos millones. Y los voy a conseguir, señor Bernard. Eso significará que me pondré a flote.

—¿Y quién pondrá a flote a Valerie?

—Le haré una confesión,

—Magnífico.

—No es la que usted cree... —Gaillard hizo una pausa—. Admito que vine a este hotel sabiendo que aquí se hospedaría Valerie. Ella me mandó una tarjeta de despedida... Me di cuenta demasiado tarde de que amaba a Valerie, pero ella había encontrado un buen esposo. Decidí estarme quieto. No soy un hombre joven, señor Bernard, y tengo hijos a los que debo atender... Por otra parte, ya he dicho que mi negocio no marchaba muy bien últimamente. Siempre he sido un hombre desapasionado y frío al tomar una decisión. Y esta vez decidí mantenerme alejado de Valerie. Le aseguro que ni siquiera la vi. He permanecido casi todo el tiempo en esta habitación. He salido muy pocas veces, y siempre para dar algún paseo por los alrededores.

—Es usted muy persuasivo, señor Gaillard.

—Celebro haberle convencido.

—No, no me ha convencido.

La puerta se abrió de golpe y el comisario Trinquer entró ladrando.

—¡Bernard, esto no se lo consiento!

—¿Qué le pasa, comisario?

Después de Trinquer entraron los dos inspectores, Maxime Dupont y Jules Arnaud.

—¿Se ha creído muy listo, Bernard? —gritó el comisario—. Nos sacó unos minutos de ventaja en descubrir el paradero del señor Gaillard! ¡Pero debió suponer que nosotros le echaríamos mano de un momento a otro! ¿Ya le arrancó la confesión?

—No, comisario.

—Lo celebro.

—No se la arranqué porque dice que es inocente.

El comisario tenía ya los ojos fijos en el huésped de la habitación

387.

—¿Claude Gaillard? ¿Banquero con residencia en Ginebra?

—Sí.

—Lo detengo en nombre de la ley.

—¿Cuál es la acusación, señor comisario?

—¿Es un chiste, señor Gaillard?

—Le aseguro que no.

—Entonces, lo detengo por la muerte de Valerie Berenguer. Eso de momento, pero ya puede estar seguro de que tendrá sobre su cabeza otros dos asesinatos.

—¿Me va a interrogar aquí?

—No, vendrá conmigo a la comisaría.

—Exijo la presencia de un abogado.

—No se preocupe, tendrá todos los derechos que le reconoce la ley.

Maxime registró a Gaillard.

—No tiene armas —dijo.

Julien Arnaud estaba examinando el equipaje de Gaillard.

El comisario se enfrentó con Bernard.

—¿Qué hace aquí todavía?

—¿Me puedo ir? Solo esperaba que me lo ordenase.

—¡Sí, ya se puede ir, señor Bernard! Y le voy a hacer una recomendación. ¡Manténgase alejado de nosotros todo el tiempo que pueda, o *Le Matin* va a tener a uno de sus colaboradores en la cárcel!

Roger sonrió al comisario y abandonó la estancia. Pero antes de salir dijo: —Comisario, recuerde que tiene que soltar a Xavier Guisol.

Capítulo XIV

ROGER llamó en la habitación de Germaine Leclere.

Le abrió ella y, al verlo en el corredor, exclamó:

—¡Usted y yo ya hemos terminado!

Fue a cerrar la puerta, pero Roger se lo impidió.

—Tengo que hablar contigo, querida.

—Yero, ya no quiero hablar contigo.

—Tienes que ser comprensiva.

—Ya he sido demasiado comprensiva.

—Debes serlo un poco más.

—¿Y por qué?

—Porque es tu cuello el que está en juego.

—Oh, no —exclamó Germaine entrando en la habitación.

Roger fue tras ella y cerró la puerta.

—Eres la única mujer que se ha librado de Apolo, hizo dos intentos para estrangularte y las dos veces fracasó. Tú misma lo dijiste, Germaine, a la tercera va la vencida.

—¡Me marcharé ahora mismo de este hotel!

—¿Vas a ser tan cobarde?

—Si eso es cobardía, soy la mujer más cobarde del mundo.

—Cariño, debes quedarte. Eres la única posibilidad de que cacemos al asesino.

—¿Cómo?

—Está la mar de claro.

—Creo que te entiendo. Me quieres utilizar como conejillo de indias.

—Algo así.

—Como un cobaya.

—También.

—¿Tienes la desfachatez de admitirlo?

—¿No te gusta la sinceridad?

—Oh, sí, me gusta mucho la sinceridad. Pero no hasta el punto de que me cueste la vida. ¿No recuerdas lo que me dijo por teléfono ese Apolo? ¡Me quiere convertir en una rosa roja!

—Fue una delicadeza por su parte.

—¿Tú crees?

Roger la rodeó por la cintura.

—Al fin y al cabo, eres fragante como una rosa —le acarició el brazo desnudo con la otra mano—. Y tu piel es suave como sus pétalos, y el perfume que emanas es embriagador, como el de ella.

Germaine entreabrió los labios y Roger la besó.

De pronto, ella le pegó una patada en la espinilla y Roger chilló saltando a la pata coja.

—¡Una rosa no hace eso, Germaine!

—Las rosas también tienen espinas y tú te pinchaste, Roger... Me estabas engatusando, pero me di cuenta a tiempo... Yo soy una rosa, pero tú eres una víbora y vi cómo te enroscabas.

—Nunca me había enroscado en un talle tan hermoso —repuso él mirándola de pies a cabeza.

—Pero me ibas a morder para inocularme tu veneno.

—Yo no tengo veneno.

—¡Es lo que tú supones! ¡Lo tienes!.. No, cariño, no voy a colaborar contigo. Búscate a otra.

—Hay muchas mujeres en el hotel.

—Pero Apolo te prefiere a ti... ¿Por qué? Porque eres la más hermosa, la más atractiva, la más seductora...

La joven parpadeó.

—Caramba, eso debe ser cierto porque Apolo ha insistido mucho... Dos veces. Y cada vez que estuvo a mi lado, habló un buen rato.

—Allí lo tienes. Seguro que se ha enamorado de ti. Es fácil porque tú eres adorable.

—¿Lo soy?

—Eres la mujer más adorable de todas... Cuando estoy a tu lado, es como si estuviese en el séptimo cielo.

—¡Es adonde Apolo me quiere mandar!

—No, cariño, él quiere llevarte al Olimpo.

—¡El Olimpo es lo mismo que el séptimo cielo! Me iré ahora mismo de este hotel. No me gusta. Hay demasiadas muertes.

—Ahora ya es tarde. Vas a sufrir muchas molestias con el traslado. ¿Por qué no esperas a mañana?

—Por una razón muy sencilla. Porque hay de por medio una noche.

—Una noche que puede ser inolvidable para ti, Germaine.

—¡Y tan inolvidable! ¡Me pueden retorcer el cuello!

—Yo lo impediré.

—Ah, ¿sí?

—Seguro.

La joven puso los brazos en jarras.

—Contéstame, Roger. ¿Impediste tú que matasen a Valerie

Berenguer?

—No.

—¿Impediste que estrangulasen a Giselle Duval?

—Tampoco.

—Gracias. Es lo que deseaba saber. Y no te incluyo a la segunda víctima porque murió en otro lugar. ¡Ahora mismo hago la maleta!

—Como tú quieras —dijo Roger—. Creí que colaborarías con la justicia. Que tendrías deseos de que esas pobres jóvenes fuesen vengadas.

—Oye, es cuestión de la policía, y yo no soy policía.

—Es cierto, pero, ¿qué hay de la confraternidad entre los humanos?

—No me gusta la idea que tú tienes de la confraternidad. Por lo visto, significa que debo consentir que Apolo me convierta en una de sus mujeres, y con eso quiero decir que debo aceptar el boleto que me despache para la Morgue. No, cariño, tengo muchas ganas de vivir. Soy una mujer joven, quiero tener hijos, crear un hogar. Y eso es algo que tú no puedes comprender.

—Claro que lo comprendo.

—No, tú has nacido para solterón.

—Quizá claudique.

—¿Dentro de diez años? ¿O han de pasar veinte? Le deseo mucha paciencia a la mujer que te soporte.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

Roger y Germaine se quedaron mudos.

—¿No vas a contestar? —dijo Roger.

—Sí, claro.

La joven cogió el auricular y lo acercó lentamente a su oído.

—¿Sí?

—Hola, querida.

Se le hizo un nudo en la garganta. En el otro extremo del hilo estaba el personaje del que habían estado hablando. El mismísimo Apolo.

—¿Qué quiere? —inquirió la joven.

—¿Ya te informaste de lo que le pasó a Gisella Duval?

—No tuve más remedio que enterarme. Ella trabajaba en el hotel en que yo me hospedo. Es usted un canalla, Apolo, por mucho dios que usted se crea.

Apolo rió fríamente.

—Estás muy nerviosa, Germaine. Y eso me gusta.

—¿Por qué le gusta?

—Hará más fácil las cosas. Hasta ahora te libraste de mí gracias a tu sangre fría... Pero ya perdiste la serenidad. Ahora me odias con todas tus fuerzas. Quisieras verme en el Olimpo.

—En el Olimpo, no. Bajo tierra. En una fosa del cementerio. Entiéndalo de una vez, tipo loco, usted es un humano como yo, como las personas que ha matado. ¡Ni siquiera tiene siete vidas como los gatos!

—Te haré tragar esas palabras.

—Ya no me pillaré, Apolo.

—¿Por qué no?

—Me voy.

—Así que te vas del hotel Nacional.

—Exactamente.

—Donde quiera que vayas, te encontraré.

—Es una bravuconada suya.

—Estoy deseoso de encontrarme contigo y entonces te darás cuenta de que el dios Apolo no dice bravuconadas, de que para el dios Apolo no existe nada imposible, porque puede trasladarse a todas partes. Te desafío a que te marches del hotel. Vete dónde quieras... Te encontraré. Estaré a tu lado cuando a mí me dé la gana. No te escaparás. Me has traicionado y, cuando una mujer traiciona al dios Apolo, tiene que sufrir su venganza.

Germaine oyó un chasquido y quedó interrumpida la comunicación. Dejó el auricular en la horquilla.

Roger preguntó:

—¿Buenas noticias, Germaine?

—Las mejores.

—Cuánto lo celebro.

La joven gritó:

—¡Déjate de sarcasmos!.. ¡Ya sabes quién era! Apolo.

—¿Qué te dijo?

—Que no me escaparé a su venganza. Que puedo ir donde quiera porque él siempre me encontrará.

—Después de todo, es un dios, y esa gente tiene una facilidad muy grande para ir de un sitio a otro.

—No me gustan tus chistes. Ni pizca, ¿lo entiendes?

—Lo siento, yo sólo quería darte ánimos.

—Pues tienes una bonita manera de hacerlo —la joven se quedó pensativa—. Tal como están las cosas, está claro que Apolo la ha tomado conmigo.

—Ya te lo advertí. Le has llegado muy adentro.

La joven dio unos pasos por la estancia pellizcándose el mentón.

—Roger.

—Dime, querida.

—Supón que me quedo.

—Magnífico.

—¡Sólo he dicho que lo supongas!

—Ya está supuesto.

—¿Estarás muy cerca de mí?

—Claro. Pero no puedo estar aquí porque Apolo lo sabría y nunca te haría la visita.

—¡Estarás en la habitación de al lado!

—Trato hecho.

—Jura que no te moverás de ahí —dijo Germaine señalando la puerta adyacente.

—Claro, nena. ¿Dónde iba a ir? Esto es una partida de caza. Tendré la escopeta preparada.

Roger la abrazó otra vez y Germaine no hizo ningún esfuerzo por soltarse. —Tengo miedo, Roger.

—Pues líbrate de él.

—No puedo. Lo tengo por toneladas. Y por mucho que suelte, me quedará una buena cantidad dentro del cuerpo.

—Cariño, si te pasase algo, no me lo perdonaría nunca

—¿Y si me pasase? Quiero decir si me matasen. ¿Qué harías tú, Roger? Y por favor, no me digas que me llevarías rosas rojas a la sepultura.

Roger se echó a reír.

—No, Germaine, no tendrás rosas rojas —contestó Roger pensando en los crisantemos.

Capítulo XV

GERMAINE estaba a solas en su cuarto.

Eran las diez de la noche.

Se había hecho llevar a la habitación muchas cosas, comida y bebida. Llamaron a la puerta. La joven dio un grito porque estaba muy nerviosa.

—¿Quién es?

—Roger.

—Pues ya podías haberlo dicho antes de llamar. Roger entró con un paquete.

—¿Qué es eso? —inquirió ella—. ¡La mortaja!

—Bombones.

—Claro, para que tenga una muerte dulce.

—No pienses en eso.

—¡No puedo pensar en otra cosa!

Roger le enseñó una llave.

—Conseguí que me la diesen. Es de la habitación de al lado. Estaré ahí.

—Vamos a hacer un ensayo.

—¿Un ensayo de qué?

—De la rapidez con que aparecerás.

—Como tú quieras —sonrió Roger.

Entró en la habitación de al lado. Germaine esperó un par de minutos.

—¡Roger! —gritó.

El periodista apareció corriendo y llegó junto a ella.

—¿Qué tal? —preguntó con una sonrisa.

—Tardaste veinte segundos.

—Muy pocos.

—Con veinte segundos, Apolo tiene tiempo para troncharme el cuello y tomarse un martini. Y no me digas que lo pillarías con las manos en la masa. ¿De qué me serviría estando muerta?

—Cariño, debes recuperar la serenidad. No pasará absolutamente nada. Te lo prometo.

—Y Apolo ha prometido que se vengará. ¿Cuál de las dos promesas he de tener en cuenta?

—La mía, naturalmente.

—Ahora debo ir a mi puesto de caza.

—De acuerdo, Roger, pero no te muevas de allí.

—No me moveré.

Roger regresó a la habitación adyacente.

Germaine, una vez sola, se puso a desliar el paquete de bombones.

Eran de licor, como a ella le gustaban. Estaba comiendo uno cuando llamaron a la puerta.

Germaine tuvo intención de gritar: ¡Roger!, pero decidió calmarse. Si era Apolo, huiría.

—Adelante —dijo con la voz suficientemente alta para que fuese escuchada por Roger.

Entró Alain Moreau, jefe de camareros.

Germaine sintió un estremecimiento porque Alain Moreau estaba en la lista de sospechosos.

—¿Qué desea, señor Moreau?

—Solo vine para preguntarle si todo fue de su gusto.

La cena le había sido servida por Raymond Lefevre, que se limitó a cumplir con su obligación y luego se marchó.

—Oh, sí, desde luego, señor Moreau. Todo perfecto. La carne estaba muy rica y el caviar también.

Moreau estaba mirando la mesa y pestañeó:

—¡Pero si no ha probado nada, señorita Leclere!

—¿De veras? Qué distraída soy. Tengo la sensación de que ya llené el estómago, con perdón.

De buena gana hubiese agregado que también estaba llena de miedo.

Moreau esbozó una sonrisa.

—¿Me permite que le diga una cosa, señorita Leclere?

—Se lo permito.

—Es usted muy linda.

—Qué amable es usted.

Moreau dio unos pasos hacia Germaine.

¿Llamaba a Roger ahora? ¿O esperaba un poco más?

—¿Un bombón, señor Moreau?

—No, gracias.

Moreau siguió andando hacia ella y la joven cayó sentada en el sofá.

—¿Un trago, señor Moreau?

—No.

—Pedí un buen vino.

—Ya lo sé.

—¿Una copa de champaña?

—No, no quiero nada. Cuando estoy con una mujer tan bonita como

usted, quiero saber lo que hago.

—¿Y qué es lo que hace?

—¿No lo imagina?

—Tengo muy poca imaginación, señor Moreau.

—Entonces se lo demostraré, ¿le parece?

Germaine sentía ahora muchos nudos. No sólo en la garganta, sino en su pecho, y hasta en el estómago. ¿Llamaba ya a Roger?

Moreau se sentó a su lado, y le cogió una mano.

—Señorita Leclere, qué hermosa es usted.

—Y eso que no me ha visto en la piscina, tengo un bikini precioso.

—¡Qué lástima que me lo perdiese!

—Oh, no se lo perderá. Estoy dispuesta a ponerme el bikini.

—¿Ahora?

—Claro, ahora.

Germaine trató de levantarse, pero Moreau se lo impidió.

—No, señorita Leclere, no se marche. La prefiero así, con ese traje de noche, tan escotado, tan delicioso...

Se inclinó sobre ella para besarla.

—¡Roger! —gritó Germaine al ver que las manos de Moreau subían por sus brazos.

Se abrió la puerta de la habitación de al lado y Roger apareció corriendo, pero tropezó con una silla y empezó a volar mientras pegaba un aullido.

Moreau se quedó petrificado.

—¿Qué pasa aquí?.. ¿Qué pasa aquí? —exclamó haciendo un gallo con la voz. Roger logró ponerse en pie y, cojeando, se acercó a Moreau.

—¡Date preso, Apolo!

Moreau miró a su espalda y, como no vio a nadie, miró otra vez a Roger.

—Mi nombre no es Apolo. Es Alain.

—Saca la máscara.

—¿Qué máscara?

—La que llevas en el bolsillo —dijo Roger y le soltó una tremenda bofetada. Moreau cayó del sofá.

—¿Por qué me pega, señor Bernard?

Germaine le apuntó con el brazo extendido.

—¡Ya lo pillamos! ¡Unos segundos más y me habría partido el cuello!

—¿Unos segundos más? —repuso Moreau—. Sólo quería besarla. No mato a nadie. Solo hago el amor.

—Eso se lo dirá usted a todas.

—Sí, señorita Leclere, a todas. Y hasta ahora me dio buenos resultados.

Roger le soltó otra bofetada.

Moreau gimió.

—Menos aquí... Señorita Leclere, no sabía que usted ya tuviese un hombre... ¿Quiere perdonarme?.. Solo soy un hombre que se compadece de las mujeres y que por eso trata de hacerlas felices.

—Pues se equivocó de número. La mejor manera de hacerme feliz es que usted se vaya a la Patagonia.

—¿Por dónde cae? Ahora mismo me voy para allá.

Roger dio un suspiro.

—Ande, márchese, y tenga más vista, Moreau. Es usted un poco cegato para elegir pareja.

El jefe de camareros se levantó y echó a correr, saliendo de la habitación.

—¿Por qué lo has dejado marchar, Roger?

—No es Apolo. Moreau es un tipo la mar de ridículo. Me recordó a uno de esos galanes del cine mudo.

—Sí, tiene que ser idiota la mujer que le haga caso.

—Será mejor que vuelva a mi escondite, Germaine.

—Pero, ¿sigues pensando que él vendrá?

—No lo sé, pero nada se pierde con seguir esperando.

Roger la besó y Germaine dijo:

—Oye, ¿por qué no te quedas y cenamos?

—Entonces, Apolo no vendría.

La besó de nuevo y entró en la otra habitación, cerrando tras de sí.

Germaine respiró profundamente y decidió comer otro bombón. Se lo había echado a la boca cuando la puerta se abrió con brusquedad.

Identificó a su visitante. Era aquel huésped que vendía aparatos electrodomésticos a los hoteles, Pierre Lamorise.

—Hola —dijo él.

—Hola —dijo ella.

—¿Sola?

—Sola.

Germaine se preguntó si se pasarían todo el rato diciendo las mismas palabras, aunque con diferente entonación.

Señorita Leclere, he venido para algo muy importante.

—Diga, diga.

—Me da un poco de vergüenza decirlo, señorita Leclere.

—¿Por qué, hombre? Atrévase.

—Es que usted lo considerará un poco absurdo.

—Estoy acostumbrada a todo —repuso ella con una caída de pestañas para darle ánimos—. Ah, si yo le contase lo que me pasó con una tribu de tuaregs en el Sahara...

Lamorise llegó ante la joven y clavó una rodilla en tierra.

—Señorita Leclere, quiero una fotografía.

—¿Una fotografía?

—De usted.

—¿Para qué?

—Para mi colección. Es usted tan hermosa, tan deseable, tan...

—Pare con el tan-tan.

Lamorise le cogió una mano y empezó a besarla hacia arriba.

Germaine iba a gritar el nombre de Roger, pero en ese momento entró Paul Bachelet.

Capítulo XVI

EL jefe de la recepción del hotel dio unos pasos hacia el interior de la estancia y dijo:

—Señor Lamorise, ¿qué hace aquí?

El vendedor de electrodomésticos volvió la cabeza.

—Yo llegué primero.

—Y seguro que está haciendo el ridículo.

—¿Cómo se atreve?

—Me basta verlo en esa posición.

Germaine estaba confundida. No había tenido tiempo para llamar a Roger. ¿Quién de los dos era Apolo? ¿Lamorise o Bachelet? De todas formas, tenía la impresión de que la partida de caza de Roger se había arruinado. No, no cobraría la pieza.

Lamorise se puso en pie.

—Señor Bachelet, es usted un indeseable.

—Cuidado, no me insulte o lo saco del hotel a patadas.

—Llevo muchos años hospedándome aquí, y usted me debe respeto.

—Por eso, porque lleva muchos años hospedándose en el Nacional lo conozco bien... ¿Cree que no estoy al corriente de su juegucito con las fotografías? Lamorise se puso rojo como la grana.

—¡Es usted un puerco, Bachelet!

—¡Y usted un cerdo, Lamorise!

—Sé que se aprovecha de su cargo para coaccionar a sus empleadas.

—¡Lárguese de aquí, Lamorise!

—¡El que se larga es usted!

Otra vez se abrió la puerta y entró el conde Zabasky.

Soltó un hipido y se tambaleó. Estaba ebrio.

—Perdonen, creí que era esta la habitación de Germaine Leclere, pero ya veo que continúo en el vestíbulo del hotel.

—Buenas noches, Janos —dijo Germaine.

El conde soltó otro hipido.

—Germaine, ¿eres tú?

—Sí.

—¿Por qué hay tantos hombres aquí?

—Todos me quieren.

—Siempre pensé que eras de las que con uno tienen bastante.

—Me olvidé decirte que en París me llaman «La Devoradora».

—Germaine, estoy dispuesto a olvidarlo todo. Vuelve otra vez conmigo.

—Ni lo pienses.

—Te ofrezco un escudo.

—No me interesa.

—Y un castillo.

—Tendrá vampiros.

—Oh, no, entre mis antepasados no hubo ningún ejemplar. Te lo aseguro.

Janos sacó una pistola.

—Si no eres mía, ¡no serás de nadie!..

Germaine miró el arma con los ojos agrandados.

—Janos, ¿qué vas a hacer?

—Matarte.

—Entonces, tú eres Apolo... ¡Roger!.. ¡Ya está aquí! ¡Ya llegó!..

Esperó que la puerta de la habitación contigua se abriese, pero eso no llegó a ocurrir.

Janos soltó una risita.

—Me voy a llenar de sangre.

—¡Has dicho que no eres un vampiro!

—¡Os mataré a todos!

Lamorise y Bachelet retrocedieron asustados.

—¡No dispare, señor conde! —gritó Bachelet.

—¡No, no dispare! —dijo Lamorise—. Oiga, lo invito a mi habitación. Le enseñaré una bonita colección de fotografías.

—¡No quiero fotografías!.. ¡Quiero a Germaine!.. ¡Todos ustedes han manchado el escudo de mis tatarabuelos y no voy a dejar uno para contarlos! Roger entró en la habitación por el mismo lugar que lo habían hecho todos hasta entonces. Y cayó sobre el conde golpeándole en la clavícula con la mano abierta.

Zabasky se derrumbó lanzando un aullido de dolor.

Roger no tuvo dificultad en hacerse dueño de la pistola.

Germaine se dejó caer en el sofá mientras decía:

—Sólo faltaba que apareciese el comisario.

El comisario Trinquer entró con una pistola por delante.

—¿Qué infiernos pasa aquí?.. ¿Qué clase de reunión es ésta?

Maxime llegó por detrás y dijo:

—¡Una orgía, jefe! ¡Eso es, una orgía!

Roger se acercó a Trinquer.

—Buenas noches, comisario. No llegó a tiempo. Pensé ofrecerle en bandeja al asesino, pero, con tanta gente, no hubo oportunidad para que

Apolo cayese en el cepo...

—Otra idea suya, ¿eh, Bernard?

—Y era buena.

—Todo lo suyo tiene que ser extraordinario.

—Si usted lo dice...

—¡Yo digo que es usted peor que la peste! ¡Le advertí que dejase de enredar!

—De acuerdo, comisario. Renuncio a continuar ayudándole.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

—¡Todos abajo! —exclamó el comisario—. ¡Quiero interrogarlos uno a uno! Bachelet y Lamorise salieron acompañados por el inspector Maxime Dupont.

El comisario tuvo que despertar al conde Zabasky porque éste se había quedado dormido en el suelo.

—Vamos, señor conde. También tengo que hacerle unas preguntas a usted. Germaine y Roger se quedaron de nuevo a solas.

—Fue un fracaso —dijo la joven.

Roger se pegó una palmada en la frente.

—Olvidé decirle algo al comisario.

Salió corriendo de la habitación.

Germaine se sentó en el sofá y cogió otro bombón de la caja.

Habrían pasado dos minutos desde que Roger se marchó, cuando la puerta adyacente se abrió una vez más, y, naturalmente, no entró Roger.

—Hola, querida.

Era Apolo con su máscara griega.

Germaine tragó el bombón y gritó:

—¡Roger!

—Roger no está aquí.

Apolo avanzó hacia ella.

Esta vez Germaine no tuvo fuerzas ni para levantarse.

—¡Dígame algo, Apolo! ¡Hábleme!

—No, no voy a perder un solo segundo.

Germaine quiso gritar otra vez, pero las manos de Apolo la atraparon por el cuello.

De pronto sucedió algo imprevisto.

Una mano se posó en el hombro de Apolo, lo hizo girar y luego un puño se estrelló en su rostro enmascarado.

El asesino cayó al suelo y perdió la máscara.

Roger y Germaine vieron a Charles Vauthier, el director del hotel Nacional. —¡Tardaste mucho, Roger!

—Sólo fui al corredor.

—¿Qué?

—Sabía que él estaba en la otra habitación. Había oído un ruido. Por eso inventé que se me había olvidado decir algo al comisario.

Roger se inclinó sobre Vauthier y lo atrapó por las solapas de la chaqueta.

—¿Por qué, Vauthier? ¿Por qué odia tanto a las mujeres hasta el punto de matarlas?

—¡Soy Apolo!.. ¡Soy Apolo! ¡El más hermoso de los dioses! ¡Ninguna mujer me puede traicionar! ¡Todas me pertenecen!..

El comisario estaba en la puerta escuchando.

—Felicitaciones, Bernard.

—Ya se lo dije, Trinquet. Me gusta echarle una mano

El comisario cogió a Vauthier de un brazo y lo sacó de la habitación.

Roger se frotó las manos mirando la mesa.

—Bueno, ya podemos cenar tranquilos.

Germaine se puso delante de él, impidiéndole qué se sentase. Rodeó con sus brazos el cuello varonil.

—Roger, ¿no crees que tú y yo hemos perdido demasiado tiempo? —Mucho —asintió él y la besó con la boca entreabierta.

—Roger, ¿me prometes que serás un marido maravilloso?

Roger dio un suspiro.

—Bueno, creo que a cada cual le llega la hora de claudicar...

—¡Para ti ya llegó! —exclamó Germaine y lo volvió a besar.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS. Impreso en España